

A woman with long brown hair is screaming in a dark, misty forest. Her hands are tied together with thick white rope. She is wearing a light-colored plaid shirt. The background shows a path leading into the woods with a silhouette of a person in the distance.

EL ASESINO INDELEBLE

MARCOS NIETO PALLARÉS

«Seguiréis su pista, sí..., pero jamás
borraréis sus actos.»

A mis lectores. Sin vuestro impulso, resultaría imposible. En especial, a mi hermana Ana.

«A veces, la vida no se traduce en vivir. A veces, para ser feliz, hay que traducir lo que nos quiere decir la vida.»
Marcos Nieto.

Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en un monstruo. Cuando miras largo tiempo al abismo, el abismo también mira dentro de ti.

[Friedrich Nietzsche](#)

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *El Asesino Indeleble*.

© Marcos Nieto Pallarés
Diciembre 2015

Diseño de portada: Alexia Jorques.
Edición y maquetación: Juanjo Verge López.

ÍNDICE

[Preludio](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Epílogo](#)

PRELUDIO

Quizá el destino me ha conducido donde estoy en este mismo instante. O quizá los designios del Señor han dictado sentencia, y mi periplo existencial ha alcanzado su fin, quién sabe. Ni siquiera puedo garantizar, que las leyes cósmicas de retribución, causa y efecto del Karma no hayan tenido nada que ver. Ni responsabilizar única y exclusivamente a la misma capacidad que atesora la maldad en sí misma, pues por sí sola, sin la inestimable ayuda del hombre, carece de la fuerza necesaria para causar tanto dolor. Lo más racional, sin duda, sería pensar en motivos menos místicos, y culpar de todo a la casualidad o la suerte. O incluso podría aventurarme, ¿por qué no? e imputar al ocultismo o la brujería como los instrumentos que han arrojado a las tinieblas a este pequeño pueblo entre montañas.

Pero... qué importa el 'quién' cuando ya nada importa. Qué importa el 'cómo' cuando todo ha mutado a la más profunda trivialidad. ¿Cuál fue el origen? ¿Cuál la motivación? Lo único que intuyo es que no saldré con vida del encuentro que me aguarda.

Jamás sentí la capacidad de anhelar la muerte, de consentirle a la desidia adueñarse de mí con el brío y la solidez que lo estaba haciendo ante la puerta que me separaba del ruin despojador de tantas almas inocentes. El 'Asesino Indeleble' me lo había arrebatado todo; y estaba dispuesto a dar la espalda al juramento, a arrojar mi placa al abismo con tal de verle pagar por sus pecados.



E *L* *ASESINO*

INDELEBLE

«Seguiréis su pista, sí... pero jamás borraréis sus actos.»

Marcos Nieto **P**allarés

CAPÍTULO 1

café con Whisky

«Joder..., hoy es uno de esos días... la cabeza me va a estallar».

Las luces de mi Mustang iluminaban la noche y el inicio de esos bosques que, a nuestro avance, semejaban horadarse. Penetraba en la oscuridad guiado por la línea de alquitrán que el hombre había posado allí, entre los troncos. Between Forests no era más que un pueblucho de mala muerte, un cúmulo de almas insertado en las entrañas de una marea de pinos. La mina de carbón más importante del condado se encontraba en aquel enclave dejado de la mano de Dios. Sin el oscuro mineral, Between Forests no era nada.

—No lo entiendo —murmuró mi compañero encendiéndose un cigarro a la vez que se acomodaba en el asiento—. Han encontrado al muchacho allí mismo, empapado en su sangre. ¡Para qué mierda nos quieren!

—No lo sé —admití frotándome las sienes—. La llamada me ha pillado con diez latas de cerveza de compañía, vacías... Ni el agua helada ha conseguido centrarme. —Mi voz carecía de fuerza alguna—. Supongo que habrán detectado algo extraño.

—Esto me da mala espina.

—¿Por qué?

—Por nada en especial. Un simple presentimiento.

—Hay que tener cuidado con ellos... —divagué en voz alta sufriendo la incesante fuerza que el sueño profería en mis parpados. Solo el dolor de mi testa evitaba su descenso—. Si se interpretan bien, pueden contener indicios del porvenir. Si miras con recelo al futuro, quizá este te revele alguno de sus misterios.

«El futuro... —pensé centrado en la carretera, recibiendo esas punzadas de las cuales no podía escapar—. Alguien debería inventar un aparejo que atisbara en él. Así, cada cual decidiría si vivir la vida antes de encontrarse de bruces con ella. De haber existido dicho aparejo en mi adolescencia... —cavilé abstrayéndome en esa línea blanca que dividía la calzada—, no estaría aquí en este mismo instante, y me habría ahorrado mucho dolor».

—Debes dejar de leer tantos libros sobre parapsicología y esos rollos, en serio.

—Sí... —suspiré sonriendo, sintiéndome muy cansado.

Necesitaba un café, y pronto.

—¿Te duele? —preguntó Dan tocándose con el dedo índice la sien izquierda.

—Sabes que sí.



Aparqué en una de las pocas gasolineras que se encontraban en el trayecto. El coche no requería repostar; y o sí.

—Dos cafés dobles, por favor —pedí al dependiente: un hombre obeso de barba prominente—. Y por favor, déjeme echarle un poco de ese licor que guarda usted por ahí...

Le guiñé el ojo.

El calor atestaba la atmósfera, la condensaba haciéndola densa, pesada, desagradable de habitar. Una mosca zumbó posándose en la frente húmeda del dependiente; la ahuyentó con un rápido gesto de su mano.

—¿Me has oído?

«Tengo un puto imán para los lerdos».

—Aquí no servimos bebidas alcohólicas —apuntó aparentando estar azotado por una somnolencia persistente.

—Yo creo que sí...

El gran hombre desplazó levemente su brazo, muy despacio.

—Muévete un milímetro más y te vuelo la cabeza. —Desabroché la chaqueta de mi traje negro de Armani dejando entrever mi placa al costado de una Beretta 92.

Quedó petrificado ante mí. Su cuerpo aguantó inclinado unos segundos, aparentando un mimo muy poco profesional.

—Vamos a ser buenos... o vamos a ser malos, ¿eh? Échale whisky al café y deja de mirar el arma que guardas bajo el mostrador.

Mi compañero Dan, de pie, observaba la escena bajo la cámara de seguridad que había revestido con un pañuelo.

El dependiente señaló una taquilla a su espalda.

—¿Puedo?

—Claro. Pero no hagas tonterías.

Giró su cuerpo pausado, y extrajo una botella de Jack Daniel's del armario metálico.

—Así me gusta... —asentí mientras el whisky rebosaba los dos vasos de papel. Tiré sobre el mostrador un billete de cincuenta—. Quédate con el cambio —dije mirando fijamente a los ojos del dependiente, sorbiendo el aderezado café.

Me dirigí hacia la salida, y justo cuando a punto estaba de alcanzarla, giré mi cuerpo dirigiéndome de nuevo al gran hombre barbudo. Clavé mis ojos en los suyos, entregándome estos el desapruebo y la decepción. Estaba cansado de las pupilas que no aprobaban mis métodos, que pensaban que un agente de la ley debía ser justo, un ángel guerrero, un salvador. Y eso era justamente lo que yo era; aunque muchos no quisieran verlo. El arcángel contra el mal, el batallador de demonios de carne y hueso: Jeff Sanders. Tenía derecho a tomarme las licencias que creyera oportunas, las concesiones necesarias para alcanzar mi meta, pues no luchaba contra un enemigo cualquiera. Si batallas limpio contra un tramposo, si peleas ciñéndote a las normas contra alguien que no las sigue... La ley estaba podrida, maniatada por los intereses y el poder. La justicia no debería excluir a nadie, pues entonces, no es justicia..., y yo había visto muchas injusticias. No lucharé en desventaja contra el más temido de los contrincantes: el mal.

«Debería estar cobrando una pensión, y aquí estoy, dispuesto a atrapar al asesino de turno. ¿Y qué obtengo a cambio? Siempre la nada. Siempre el desapruebo. ¡Solo he pedido un poco de alcohol, joder!».

—¿Sabes a qué me dedico? —pregunté en la distancia.

Negó con la cabeza.

—¿Tienes hijos? ¿Esposa?

—Mujer y dos hijas —contestó con voz entrecortada.

—Pues si algún día encuentran a alguna de ellas tirada en un escapado, asesinada, violada o mutilada..., si ese día estás de suerte, si ese día has sido bendecido por lo divino, seré yo quien busque al hijo de puta que te ha arruinado la vida. Así que quizá volvamos a vernos, y ese día, mirarás mis ojos con unos bien distintos a los que miran ahora.

—A veces eres un poco egocéntrico —dijo Dan sonriendo, una vez los dos, de nuevo, dirigiémos nuestros cuerpos a la escena de ese crimen que a la postre, sería el más complejo de nuestras vidas.

—El mundo debería besar el suelo por el que andamos —dije sorbiendo el café—. Lo que vamos a ver hoy no puede remunerarse con nada.

—Ser tu compañero es vivir en una completa atmósfera festiva —expuso Dan esgrimiendo un gesto de placer, mofándose de mí—. Voy a explotar de tanta armonía.

Dan me conocía bien, sabía que no era recomendable tocarme los huevos cuando tenía el día torcido, que era casi siempre. Él era el único al que le permitía esas licencias... Pero también sabía que en mí no existía maldad alguna: solo el tormento de una vida injusta.

—Ese gordo sudoroso vive en un mundo muy distinto al nuestro. No puedes odiarle por ser feliz —profirió dándome un par de palmadas en el hombro—. No puedes estar cabreado con el mundo eternamente.

«No estoy cabreado con el mundo... Lo estoy con el mío».

«Joder... puta migraña».



—Por aquí, por aquí... a la derecha.

El dedo de mi compañero señaló un pequeño indicador que brilló al girar nuestro vehículo. Nos adentramos en un camino terroso, estrecho, constreñido por troncos, velado por una oscuridad cerrada. Avanzamos apenas medio kilómetro cuando los ojos de mi Mustang revelaron los vehículos que suelen preceder la escena de un crimen.

—Aquí, para —demandó Dan.

—No veo los vehículos del equipo forense. Creo que hemos llegado en el momento justo. Espero que el Sheriff sea un tipo competente. ¿Recuerdas a aquel idiota? —dije chasqueando los dedos— Sí, joder... ese inútil de mierda... Ahora no recuerdo su nombre.

—¿El sheriff Robson?

—¡Eso, Robson! Limpió el cadáver porque decía que la chica le daba pena. —Exhalé una carcajada que más bien fue un lamento quejumbroso—. Por su incompetencia, un caso sencillo estuvo a punto de no resolverse.

—Cómo iba a olvidarme de ese retardado... ¿Cuánto hace de aquello?

—Al menos cinco años. Fue nuestro tercer caso juntos, creo.

—¡Y te he aguantado tanto tiempo! —Dan se echó las manos a la cabeza—. Deberían condecorarme por eso. No entiendo cómo he soportado tu compañía.

—Pues es muy sencillo: soy adorable.

—Gracias por recordármelo. No sé cómo cojones ha podido olvidárseme ese importante dato...

Aparqué mientras Dan cogía la radio y sintonizaba la frecuencia del Sheriff.

—¿Sheriff Collins? —dijo pegando la boca al altavoz—. Detectives Dan Patterson y Jeff Sanders al habla.

—Aquí Collins.

La radio distorsionó.

—Nos acercamos.

—Bien, prosigan. Tengan cuidado, el lugar es de acceso complicado.

—De acuerdo.

Salimos del vehículo y nos dirigimos a su parte trasera, sacando un par de linternas del maletero.

—¿Competente o incompetente? —pregunté a la vez que Dan apagaba y encendía la suya comprobando su correcto funcionamiento—. Las cervezas de esta noche a que está acojonado.

—Bien. Acepto la apuesta.

Nos dimos un buen apretón de manos.

Dan sonrió y se adentró en el bosque por una sendera marcada con cinta amarilla. Luces en la lejanía presagiaban una escena del crimen no demasiado alejada. Por suerte, los dos cafés con whiskey habían solapado la migraña crónica que padecía. Pero en cambio, me habían entregado un estado ebrio más que considerable. La teoría decía que el alcohol, a causa de su efecto deshidratante, debía aumentar mi dolor craneal, pero en mi caso, causaba el efecto contrario. No era un mal constante. La intensidad de los achaques aumentaba y disminuía a su antojo. De pronto resultaban insoportables, como al instante me otorgaban momentos de calma y tranquilidad. Más lo primero que lo segundo. Lo que me procuraba el alcohol era un nivel estable y apto para seguir viviendo y ejerciendo mi trabajo.

Los arbustos y las ramas se interpusieron en nuestro camino. Dan, a mi vanguardia, abrió el paso con dificultad entretanto su camisa gris se enganchaba en los arbustos que constreñían la estrecha senda. Hube de ir con cuidado, pues las ramas que este apartaba a punto estuvieron de abofetear mi rostro.

—¡Joder! —lamentó tirando de la tela engarzada en los pinchos de un zarzal—. Si lo sé, me traigo el equipo de montaña.

Las linternas ofrecían apenas luz suficiente para alumbrar el terreno a nuestros pies; tras la arboleda, el brillo se aproximaba poco a poco. Alcanzamos un pequeño claro, pero los árboles no nos permitían ver lo que aquella blanca luz iluminaba: lo que habíamos ido a buscar allí. Alcé la cinta que cercaba la zona enroscándose en los troncos alrededor del lugar en el cual habíamos de encontrar un cadáver. Una vez sobrepasada, mis ojos entraban en modo observador. Miré al solado que crujía en busca de cualquier cosa, cualquier indicio que, al estar alejado de la víctima, hubiera pasado desapercibido para el cúmulo de paletos que esperaba. Por muy ebrio que pudiera estar, uno de mis ojos atisbaba más que todos los que íbamos a hallar en la escena del crimen. Avancé sin desprenderlos del suelo, guiado por la sombra de mi compañero Dan, que tal cual se acercaba a la luz, se hacía más clara.

Sentí un fuerte tirón en mi brazo derecho.

—Mira, joder.

Alcé la vista.

Dos focos alumbraban un roble al cual adhería su espalda una joven, desnuda, cabizbaja y esclarecida por la luz, maniatada de pies y manos. Se unía a la corteza en un abrazo inverso, de pie, reposando su peso en esa sogas que tras ella, juntaba sus muñecas empapadas en sangre. Faz velada por una catarata de mugriento pelo negro en dirección a lo que vio por última vez: el solado del bosque. La vegetación contempló cómo sus pupilas quedaban fijas, sin vida, sin esperanza. Contempló cómo su piel se tornaba en mortecina tonalidad, ofreciendo un contraste siniestro ante lo oscuro de la noche. Sobre sus pechos, escrito en cortes irregulares, se podía leer un mensaje: JUSTICIA POÉTICA.

«¿Justicia? —pensé—. *Dónde puede hallarse en tan deleznable acto*».

Atrás en el tiempo, pequeñas gotas habían emanado de las heridas dibujando en su piel rojos filamentos de sangre ahora seca. El fluido había descendido por el vientre de la víctima truncándose en el vello que forraba su monte de venus.

«*Cuánto sufrimiento...* —pensé sintiendo una tremenda impotencia—. *El mundo está mal de la cabeza*».

Bajo su entrepierna, reposaba un acervo de tripas vaciado en apariencia por el recto de la mujer. Mi mente quedó abstraída en esos órganos desparramados sobre las raíces del único testigo del homicidio.

«*Y ahora, ¿a cuánto hay que pagarle las horas a mi alma?*».

—La noche va a ser larga.

—Eso parece —secundó Dan mientras el Sheriff Collins se acercaba a recibirnos.



«*Su familia...*».

Tras el reconocimiento inicial, mi primer pensamiento siempre era para ellos.

CAPÍTULO 2

NOS QUEDAMOS

—Pónganos al día —solicité tras la presentación de rigor.

El Sheriff Collins era un hombre alto de pelo cano, de unos bien cumplidos cincuenta años, de complexión fuerte, frondoso bigote lechoso y ojos claros. Se le intuía un hombre decidido, o al menos, su fuerte apretón de manos es lo que dejaba intuir.

—Se llama... —Sus ojos se manifestaron a punto de reventar en una explosión de lágrimas expansivas—. Se llamaba Cindy Logan —prosiguió con voz entrecortada—, dieciséis años, hija de un buen amigo. No sé cómo cojones voy a comunicarles la noticia... Siempre temí que ocurriera algo así en mi jurisdicción, pero esto...

—Lo siento, Sheriff. Ha de ser duro para usted. Le ayudaremos en todo lo posible. Si lo requiere, comunicaremos nosotros la noticia a la familia.

No contestó, se limitó a negar con la cabeza, su mirada fija en la víctima.

—Between Forests es un pueblo pequeño —dijo absorto en lo que iluminaban los focos—. Aquí todos nos conocemos.

—¿Y el presunto autor?

—Los federales se lo han llevado a Pittsburgh. Le hemos encontrado catatónico aquí mismo, sentado a su derecha, apoyado en este mismo árbol. No dejaba de repetir una y otra vez las mismas palabras: «Yo no... él me ha obligado. Él es el culpable».

—¡Joder con los putos federales! —lamenté cansado de ir siempre a rebufo—. Seguro que han llegado en helicóptero, los muy cabrones.

—Así es —confirmó Collins.

—Pues no lo entiendo —manifestó Dan, que había permanecido en silencio hasta ese mismo instante—. Parece evidente que el asesino sufre un trastorno psicótico. Estamos cansados de tratar con personas que dicen matar en nombre de lo divino, de lo satánico... ¡de su puto perro muerto! ¿Él es el culpable...? Creo que es uno de los casos más obvios a los que me he enfrentado.

—¿Cuánto hace que la han encontrado? —pregunté anotándolo todo en mi blog de notas.

—Hace unas cuatro horas el presunto homicida ha llamado a comisaría relatando lo ocurrido. Estaba tranquilo, contrastando sobremanera con el estado en el cual le hemos encontrado. Brandon era un gran deportista, buen estudiante, sin antecedentes... un buen muchacho. No entiendo qué ha podido pasar.

«*La mente humana es complicada*».

—¿Alguna relación con la víctima?

—Sí. Habían estado saliendo. Creo que la cosa no acabó bien.

«*Saliendo juntos...*».

Lo anoté.

—Entonces, ¿es posible que el muchacho enloqueciera tras la separación? Quizá ya arrastraba problemas mentales, y la ruptura...

—Es posible, quién sabe. —El Sheriff se encogió de hombros—. Pero hay algo extraño en lo sucedido, algo que creo se nos escapa, que va más allá de lo obvio. Tengo la extraña sensación de que algo está todavía por descubrirse. Pero para eso están ustedes aquí, ¿no?

«De nuevo esos premonitorios presentimientos...».

Justo en ese mismo instante, la radio del Sheriff distorsionó en el interior de su vehículo.

—¿Sheriff Collins? Departamento forense al habla.

Reconocí la voz al instante.

El coche se encontraba a escasos diez metros de la cinta que cercaba la zona. Su conocimiento del terreno, sin duda, le otorgaba ciertas ventajas. Se acercó, y a través de la luna abierta cogió el altavoz.

—Collins al aparato.

—Nos acercamos a la escena del crimen.

—Bien. Les estábamos esperando.

Me acerqué al cadáver y con la parte trasera de mi bolígrafo alcé su rostro empujando bajo su mentón. Una muchacha hermosa, de ojos verdes, de nariz respingona... Los labios habían sido pintados alargándose el rojo en los extremos, dibujando una siniestra sonrisa.

—Ese tal Brandon está como una puta cabra —lamentó Dan echándose el pelo hacia atrás, resoplando.

¿Cómo ha sucedido? —pregunté tal cual las dudas iban apareciendo—. ¿Dónde está el vehículo? No ha podido traerla hasta aquí a arrastras...

—No, agente. Está a medio kilómetro al sur. También hemos acordonado la zona. Uno de mis ayudantes está haciendo guardia allí para salvaguardar las posibles pruebas.

—Buen trabajo, Sheriff —elogié asintiendo—. Acaba de hacerme perder una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—La de que iba a ser usted un inútil cagado de miedo. Me alegro de haberla perdido.

—Supongo que yo también... Aunque en realidad, estoy acongojado de los pies a la cabeza.



El equipo forense brotó de la maleza portando su equipo a cuestas, y sin perder ni un segundo, comenzó su trabajo. Junto a ellos apareció también un gran número de agentes, los cuales, en teoría, serían los encargados de peinar la zona. Lo amplio del lugar requería un número equivalente de efectivos.

—Gracias por venir a ayudarnos... —profirió Stevens jadeando—. Vosotros dos siempre tan serviciales.

—Vete a tomar por culo y haz tu trabajo —dije señalando a la víctima.

—Lo dicho —dijo sonriendo mientras se vestía para la ocasión—. Es un placer encontrarme sobretodo contigo, Sanders. Siempre tan educado, tan amable...

Stevens era un amigo, una eminencia en la medicina forense. Llevábamos años, demasiados diría yo, encontrándonos en escenarios de pesadilla.

—Dame unos guantes —rogué impaciente por indagar en el cuerpo.

—Toma. Pero ve con cuidado.

Me acerqué a la víctima y exploré su malogrado organismo. Entretanto, el equipo forense proseguía sus funciones; nada que no se apreciara a simple vista. Me dispuse entonces a indagar en los lugares que no podían verse.

—Ayúdame, Stevens. Separemos su espalda.

Tras ella, nada: rasguños.

Me agaché.

—¡Joder!

El olor hizo que casi cayera de espaldas. A su vez, sentí cómo el efecto del alcohol disminuía aumentando el de mi jaqueca. Justo al incorporarme, mis pupilas oscilaron a traición enfocando el lugar por el cual habían chorreado las entrañas de la joven: su esfínter destrozado. Me incorporé y vomité apoyado al roble que parecía irradiar luz, rugiendo como un oso.

—¡Por Dios! —vociferó Stevens—. ¡Las pruebas! ¡El Fiscal del Distrito ha hecho llamar a dos peritos, joder! ¡Quieres constar como el principal sospechoso!

«*Federales, peritos, Fiscal del Distrito...* —pensé al tiempo que mi boca expulsaba bilis revuelta con lo oscuro del café— *¿Qué coño está pasando aquí?»*».

—Lo siento, ya sabes... la puta migraña. Arréglalo como puedas.

«*La migraña... sí. Esta mierda le revuelve el estómago a cualquiera*».

Me acerqué al forense y le arranqué la mascarilla que acababa de colocarse.

—¡Sirvase usted mismo! —farfulló Steven.

—Sabes que yo también te quiero, ¿verdad?

Me agaché de nuevo y levanté muy despacio uno de los pies de Cindy, y en su planta, también tallado sobre su piel, encontré otro mensaje: *Víctima nº 1*.



El móvil del Sheriff sonó.

—Voy a echarle un vistazo al vehículo del sospechoso —comunicqué a Stevens mientras Collins hablaba alejado, andando en círculos, gesticulando con el aparato pegado a su oreja— antes de que la jueza aparezca a levantar acta. Pero tranquilo, no tocaré nada.

Stevens asintió entretanto el Sheriff se acercaba con el teléfono ya reposando en su bolsillo.

—Muéstrenos dónde está el vehículo —rogué muy cansado, sintiendo cómo el dolor aumentaba a pasos agigantados—. Acabemos de una vez con todo esto. Un loco ha asesinado a su exnovia incitado por voces demoníacas, y le ha dado por escribir mensajes por todo su cuerpo... Las circunstancias no dejan lugar a dudas. Este caso está más que resuelto.

«*Ahora es a mí a quien los presentimientos le dicen, que las palabras que acaban de brotar, no tardaran en cambiar de parecer*».

El cerebro se encarga de evaluar los hechos, de procesar la información y de esta, sacar sus propias conclusiones. Pero al mismo tiempo, en casos excepcionales, los presentimientos y la intuición no secundan dicha resolución. Ellos van más allá de lo evidente, de lo manifiesto, ahondando en lugares espirituales, en esa clarividencia que todos poseemos en mayor o menor medida. Tan obvio, evidente y a la vez tan contradictorio...: la ejecución y el ejecutor no seguían lógica alguna. Cuando la intuición se niega a secundar al cerebro, la lógica, por desgracia, queda relegada a una esperanza que en el mayor de los casos suele esfumarse.

—El vehículo deberá esperar —aseguró Collins tajante—. ¿Le gusta leer, agente Sanders?

La pregunta me sorprendió.

—Sí. Bastante.

—Mi género predilecto es la novela negra —aseguró pensativo contemplando las estrellas que asomaban tras las copas de los pinos—, y he de admitir, que ahora mismo me siento como uno de los personajes que las pueblan. ¿Sabe lo que más me apasiona de ellas, lo que de verdad me emociona? Esos finales de capítulo en los que una simple frase lo cambia todo, ¿a usted no?

«*Lo sabía*».

Se hizo un silencio taciturno, y el Sheriff Collins habló de nuevo sin despegar la vista del firmamento:

—Han encontrado a la víctima número dos.

CAPÍTULO 3

SIN CONEXIÓN

Las indicaciones del Sheriff nos emplazaron a las afueras, a una zona residencial. Anchas calles guarecidas por casas de baja altura, de madera, circundadas por mantos de pulcro césped que las anexaban a ambos costados de la calzada. Hileras de hogares bajo un mismo suelo, sin vallado, sin nada que delimitara el terreno a sus pies, denotando una atmósfera y cohabitar cándidos, confiados.

«En cuanto la prensa se entere... adiós tranquilidad, Between Forests —cavilé aparcando mi Mustang ya cerca del bullicio».

Algunas con piscina, otras con mangueras posadas sobre el césped, muchas sin nada sobre la hierba. Mecedoras estáticas resguardadas bajo porches que daban sombra, cortacéspedes dispuestos a detener el avance del verde hacia los cielos... Las había bien conservadas, con jardines limpios y cuidados, y también desatendidas, con maderas faltas de una buena mano de pintura. Las más, evidenciaban lo tranquilo del lugar, lo pausado que fluía el tiempo en Between Forests. Un pueblo como tantos otros, habitado como tantos otros. Múltiples y divergentes personalidades coexistiendo en aparente armonía, arrastrando tras de sí una historia que en mayor o menor medida se entremezclaba con las que habitaban junto a ella el lugar. Así funcionaba el mundo: un cúmulo de almas interactuando en el escenario que es la existencia. Y amparada por esa aparente calma, la esencia de un psicópata. *«Justicia poética»*: esas mismas palabras me hacían sospechar que alguien se la estaba tomando por su cuenta. Si lo buscado con tan atroces actos era venganza, el asesino había interactuado, o incluso interactuaba en Between Forests. El hallazgo de la segunda víctima, marcada al igual que la primera, me hacía recelar de la implicación del único sospechoso. Tras los nuevos acontecimientos, mi intuición le veía más bien como un arma ejecutora, no como a un ejecutor. Pero... ¿cómo? ¿Por qué? En las mentes que habitaban el lugar hallaríamos la respuesta: en sus conexiones y vidas entrelazadas.

«Psicópata... —pensé recordando mis tiempos de academia, intentando rememorar lo que para el doctor Hare, investigador sobre psicología criminal, definía su personalidad—:

- Gran capacidad verbal y un encanto superficial.*
- Autoestima exagerada.*
- Constante necesidad de obtener estímulos y tendencia al aburrimiento.*
- Tendencia a mentir de forma patológica.*
- Comportamiento malicioso y manipulador.*
- Carencia de culpa o de cualquier tipo de remordimiento.*
- Afectividad frívola, con una respuesta emocional superficial.*
- Carencia de empatía. Crueldad e insensibilidad.*
- Estilo de vida parasitario.*
- Falta de control sobre la conducta.*
- Vida sexual promiscua.*
- Historial de problemas de conducta desde la niñez.*
- Falta de metas realistas a largo plazo.*
- Actitud impulsiva.*
- Comportamiento irresponsable.*
- Incapacidad patológica para aceptar responsabilidad sobre sus propios actos.*
- Historial de muchos matrimonios de corta duración.*
- Tendencia hacia la delincuencia juvenil.*
- Revocación de la libertad condicional.*
- Versatilidad para la acción criminal».*

Me resultó sencillo enumerarlas. La memoria siempre acudía en mi ayuda cuando precisaba de sus servicios.

Mas no existe evidencia alguna para detectar quién lo es y quién no. Como Hare bien decía, las personas con dicho trastorno suelen estar caracterizadas por un marcado comportamiento antisocial, empatía y remordimientos reducidos, y un carácter desinhibido.

«¿Cuántas personas conocemos así a lo largo de nuestra vida...? Yo mismo cumplo casi todos los puntos —pensé bajando de mi Mustang, observando cómo asomaba el sol tras las montañas—. Este va ser un caso peliagudo. Todo empieza a encaminarse hacia un sinsentido más que alarmante».

Coloqué mis gafas de sol ante esos deslumbrados ojos que, con hostilidad, recibieron los matutinos y ya ardientes rayos del astro rey. La ola de calor que azotaba el condado colmaba el ambiente de desazón; la peor en cincuenta años.

Empezaba a tener mis propias teorías, mis propias conjeturas sobre lo que podía estar ocurriendo, pero las advertía demasiado endebles como para aventurarme con ellas. El sheriff nos había comunicado el hallazgo de dos cadáveres más, uno de ellos, al igual que el de Cindy con un mensaje rasgado en la piel; solo el número de víctima difería. Ambas escenas, la del bosque y la de aquella casa parecían faltas de conexión; mas la tenían. Y junto a ese nexa que aún estaba por determinar, la esperanza de que el caso abocara en rápida resolución se esfumaba a tenor de los acontecimientos.

—Dan, por favor, tráeme un café —pedí a punto de reventar del dolor—. Voy a vomitar otra vez...

«Y esta vez no va a ser por el hedor».

—Claro.

«Cualquier día me envía a la mierda...».

Asintió y dirigió sus pasos hacia uno de los cotillas que permanecía tras la cinta que cercaba la casa. Habló con él apenas un instante.

—Ya está. Ahora nos traen una cafetera bien llena.

—Perfecto. —Las yemas de mis dedos no lograban despegarse de mis sienes, frotándolas en círculos incesantes en un intento desesperado por paliar el intenso dolor.

Los coches oficiales se aglutinaban tras el cordón policial, al igual que los curiosos. Los susurros y los lamentos penetraron en mis oídos como si el silbar del viento los arrastrara a mi mente; y las conjeturas y especulaciones brotaron de los vecinos allí agolpados. Los había en bata, en pijama, en chanclas... La primera luz del día les había ofrecido un crimen en la casa de al lado.

—Entremos, Collins —dije al llegar a la puerta. El Sheriff había esperado impertérrito bajo el portal.

El número de agentes del interior resultaba abrumador, y no era de extrañar: tres muertes en menos de seis horas, y en un pueblo de apenas cinco mil habitantes. Y cada vez con más probabilidad, perpetrados por un asesino en serie... o varios. ¿Pero cómo? A punto estaba de intentar averiguarlo.



—¡Todo el mundo a tomar por culo! —grité ante la atónita mirada del Sheriff— ¡Vengaaaa...! —alenté como si tuviera delante a un grupo de jóvenes imberbes, dando palmaditas con las manos— ¡Transitando...!

Los agentes, sin mediar palabra, abandonaron la vivienda farfullando debido a lo refinado de mis modales. No tenía otros.

Dan entró con una jarra de cristal rebosante de líquido negro y tres vasos. A mi izquierda se encontraba la cocina. Me coloqué los guantes de látex que había engurruñado en mi bolsillo tras inspeccionar a Cindy, y empecé a abrir uno por uno los armarios de madera que reposaban en lo alto, hasta encontrar lo que andaba buscando: alcohol para curar mis heridas. La cara del Sheriff se perfilaba en poema.

—¿Alguna pregunta, Collins? —consulté alzando la vista al tiempo que echaba coñac sobre el café.

—He escuchado de sus métodos, Sanders, de su particular estilo al borde de la ley —dijo alzando el vaso—. Écheme un poco, lo necesito. —Vertí lo demandado hasta colmar el recipiente al tiempo que asentía su permisividad—. Pero también he escuchado de su eficacia, y ahora mismo, es lo único que me importa.



Accedimos al cuarto de baño, situado en la planta superior: una pequeña estancia de azulejos blancos. A la derecha, un inodoro y un lavabo, y justo ante este último, un plato de ducha. La entreabierta mampara permitió atisbar tras ella a una mujer desnuda, encastada en la pared con lo que parecían grandes clavos; brazos abiertos, cuerpo formando una cruz. El hierro penetraba en las muñecas y tras ellas, en los niveles azulejos que el metal había resquebrajado. Riachuelos nacidos de las heridas trazaban sobre el blanco nítidos regueros rojos que se estancaban en el plato de ducha. Y los pies de la joven semejaron darse un baño con su propia sangre. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y sin poder eludirla, la Crucifixión se evocó en nuestras mentes. Tras el cadáver, el dibujo de un árbol se mostraba en apariencia pintado con un rotulador negro indeleble, concediendo al ojo examinador el efecto de tener a la joven ensartada en su esbozado tronco. Sus labios, pintados al igual que los de la anterior sacrificada, trazaban en su rostro una amplia y espeluznante sonrisa. En su pecho: «Víctima nº 2». En su frente: «Justicia poética».

Al igual que las raíces del roble donde había sido atada la primera víctima, el plato de ducha de aquel cuarto lechoso y rojo contenía las entrañas de la segunda. Un fino hilo de tripas colgaba entre sus piernas, mostrando el lugar por el cual habían escapado. Las vísceras de la joven se impregnaban con la sangre despidiendo un desagradable olor: un sutil aroma a matadero.

«Ambas escenas están relacionadas... aunque eso ya lo sabía —pensé en modo observador, inhalando esa hedionda peste que colmaba el ambiente—. Por mucho que esta contenga otro cadáver».

Justo frente a la ducha, un hombre tendido con la cabeza abierta y un revolver posado sobre su mano. En apariencia, todo hacía presagiar que la había matado, y luego pegado un tiro.

—¿Qué opinas, Dan? —pregunté tomando notas:

1 Víctimas siempre unidas a árbol.

2 Justicia poética. ¿Venganza?

3 N° de víctima en aparente orden de ejecución.

4 Tripas vaciadas por esfínter.

5 Labios pintados. Sonrisa.

6 ¿Suicidio? ¿Secta? ¿Rol? ¿Asesinos?

—No sé..., no me cuadra que esto suceda en un pueblo tan pequeño. Ahora mismo tengo la mente en blanco, necesito meditar. Lo único seguro es que existe conexión entre ambas escenas. Dos víctimas y sus respectivos verdugos. Quizá sea un caso aislado, y en mil años no volvamos a ver un asesinato en Between Forests. Quizá dos locos se han puesto de acuerdo para matar al unísono. No creo que este de aquí se haya suicidado. Aun así, debemos interrogar al único sospechoso, es lo único que tenemos.

«Lo estoy deseando».

El Sheriff estaba claramente saturado. De pie, a nuestra espalda, callado, observándolo todo. Sin mediar palabra y muy despacio, se adelantó y alzó su brazo como si este careciera de fuerza alguna, como si el levantarlo le requiriera un vigor extremo, y señaló a la víctima femenina.

—Andrea Robinson, amiga de mi hija pequeña, veinte años —comunicó en un triste susurro.

«Su familia...».

Guiado por una evidente desgana, osciló de nuevo su extremidad hasta colocarla en dirección al hombre que permanecía tirado sobre un charco de sangre.

—Su pareja, John Everet, hijo del dueño de la única pajarería del pueblo.

Mis ojos siguieron las indicaciones de Collins por la escena del crimen, y durante ese transitar, detectaron algo extraño.

«Qué coño...».

Me acerqué al espejo situado sobre el lavabo al advertir asomar tras él una pequeña gota roja, casi imperceptible. Lo descolgué y mi cuerpo quedó petrificado al instante. Escrito en sangre, hallé el mensaje que tiraba por tierra todas las hipótesis que nuestros cerebros habían razonado, dándole la absoluta e incuestionable razón a los presentimientos y la intuición:

«Contemplad mi obra, meros espectadores.

Esto es solo el principio».

«Mierda».

—Collins —proferí autoritario.

—Sí, detective.

—Hable con las familias e intente averiguar lo que pueda. Dígales que más adelante iremos a hacerles una visita. Debemos volver a Pittsbusgh e intentar atar cabos allí. Búsquenos alojamiento, volveremos. Y recuerde, la colaboración ha de ser total si queremos dar con el culpable.

El Sheriff asintió. Su mirada perdida entre el rojo de la sangre.

CAPÍTULO 4

PITTSBURGH

Nuestros rostros evidenciaban la falta de sueño; demasiadas incógnitas para cerrar los ojos. Mantenía a raya la migraña a base de inyecciones de alcohol suministradas en prudentes intervalos de tiempo. No podía permitir que arraigara en mí la ebriedad patente.

—¿Ha hablado? —pregunté a uno de los agentes que custodiaban al detenido.

—No. Y dudo que lo haga. Ha estado así desde que llegó. Han intentado interrogarle, pero... nada. Creo que su mente está rota, quebrada por completo.

Tras el cristal blindado, Brandon permanecía sentado agarrándose las rodillas, balanceando su cuerpo incesante; una y otra vez las mismas palabras: «Yo no... él me ha obligado. Él es el culpable». Se le percibía un hombre de costumbres sanas, atlético, de fuertes y robustos brazos. Mas de ese vigor del que había gozado, se apreciaba solo lo externo. Lo intrínseco de su ser se había roto, transgredido por un incidente que él mismo había cometido.

—¿Vas a golpearle también? —escuché a mi espalda.

—¡Mira quién está aquí! —proferí sarcástico—. La gran defensora de los tarados: la afamada abogada Melisa Chambers.

—Vete a la mierda, Sanders —dijo al tiempo que me obsequiaba con una peineta—. Te advierto una cosa: tócale y te empapelo de por vida.

—Uhhhh... —Emulé estar temblando de miedo—. No sé cómo puede ocurrírsele semejante barbaridad.

Gesticuló como quien está ante el que no tiene remedio.

Tenía que admitir que aquella mujer me sacaba de las casillas. Tanto por su impecable labor como letrado, como por su exagerada belleza. Vestía de forma impoluta: traje negro y pelo recogido, tacones altos y cartera de piel siempre encima; largas piernas, pelo negro y ojos verdes tras gafas de pasta; pechos apretados bajo camisa que conjuntaba su traje de marca... No podía ser más atractiva.

—Hoy está realmente hermosa, abogada. —Le guiñé el ojo—. Esta noche tengo la agenda libre, ¿sabe? Si le apetece, podemos ir a cenar y... si se porta bien, de postre igual le pego un par de polvos.

—Sigue soñando, Sanders... Sigue soñando.

—Entonces, ¿es un no? —pregunté juguetón a la vez que Dan y los agentes allí congregados se aguantaban la risa.

—Vete a tomar por culo, en serio —finalizó a la vez que abría la puerta que daba a la sala de interrogatorios—. Cualquier día te demando por acoso.

Me encogí de hombros.

—La tienes en el bote, en serio —aseguró Dan muy serio, asintiendo con vehemencia.

—Lo sé. Es cuestión de tiempo que sucumba a mis encantos.



—Bueno, Brandon —murmuré desde el lado opuesto de la mesa. Pelo enmarañado, profundas ojeras, mirada perdida...—. Solo dime quién te ha obligado a matar a Cindy.

Debía escuchar lo que quería oír, darle un motivo por el cual romper su silencio; averiguar si no podía o no quería hablar.

A mi espalda, mi compañero y Melisa observaban el interrogatorio de pie, expectantes.

—Si no me ayudas, el que te ha obligado a matar volverá a hacerlo. ¿Quieres que eso suceda? ¿Que muera más gente inocente? Cuéntame lo que ocurrió.

Brandon alzó la vista e inclinó su cuello mirándome con intensidad. Sus ojos, que se abismaban tras una oscuridad ojérosa, se expandieron, y sin mover un ápice su cuerpo habló a la vez que sonreía:

—No podrá detenerle, detective, no puede atrapar lo que no ve.

Su voz se alzó con cada palabra y sin poder esperarlo, como una bala lanzada desde su asiento, se abalanzó sobre mí deslizándose sobre la mesa de interrogatorios, tirándome de espaldas.

—¡El mal no tiene rostro! —desgañito clavando sus rodillas en mi pecho, agarrándome del cuello.

No sé cómo pudo ocurrir, pero se alzó portando mi arma entre sus manos esposadas.

«Mierda».

—Tranquilo... —susurré alzando los brazos en un gesto pacificador— Estamos aquí para ayudarte.

Melisa se mantuvo firme aunque sus ojos reflejaran el pánico absoluto. Brandon, tembloroso y agitado, señaló a Dan con lo que acababa de sustraerme.

—¡Tira la pistola! ¡Vamos! —ordenó apuntando al suelo con la que él mantenía vibrando entre sus manos.

Dan obedeció atendiendo a mi gesto de aprobación. Me arriesgué, no creía que fuera a hacernos daño.

—Dame el arma, Brandon, por favor —rogué mientras me acercaba muy pausado a él—. Ayúdame a ti mismo ayudándonos. Deja que demos tu inocencia.

—No se puede hacer nada por mí. La maté, la desgarré por dentro y eso es algo que no podré perdonarme jamás. —Dos lágrimas descendieron por sus mejillas—. Debéis prepararos, habrá más muertes. No se detendrá hasta finalizar su obra. Seguiréis su pista, sí..., pero jamás borraréis sus actos.

Abrió la boca y se introdujo el cañón de mi Beretta 92.

—¡No! —grité al tiempo que me abalanzaba sobre él.

Apretó el gatillo. La pared a su espalda recibió el impacto de sus sesos. Se desplomó en mis brazos.

«No, joder, no... —lamenté mientras me empapaba en su sangre— No...».



—Empiezo a estar harto de ti, Sanders —confesó el comisario golpeando su mesa de despacho con fuerza—. ¡Por qué no puedes acatar las normas! Después de lo de abajo, va a ser imposible aplacar los ánimos de Asuntos Internos. ¡Sabes que llevan años al acecho, joder!

—Si quería quitarse la vida, comisario, sabe que tarde o temprano lo hubiera hecho. Cometí un error, lo admito, pero yo no he matado a nadie. Olvidé depositar el arma y sé que no tengo excusa.

—¡Pues se hubiera quitado su vida de mierda ahorcándose en su puta celda! ¡No con tu arma! —Se alzó despacio ayudándose con la mesa que se interponía entre nosotros, y miró en apariencia más calmado por la única ventana que se podía encontrar en el despacho. El bochorno del exterior se dejaba apreciar a través del cristal; a nosotros, el aire acondicionado nos protegía del ardor—. Eres mi mejor hombre y a la vez el más problemático —lamentó negando con la cabeza—. Te pasas el código por el forro de los coj...

—Suspendame de empleo y sueldo de cara a la galería —dije con seguridad, cortando esa frase de la cual ya conocía el fin—. Seguiré investigando por mi cuenta, en las sombras.

—No. No voy a suspenderte. Voy a hacer lo que siempre he hecho. No por ti, sino por todos los chalados que habitan el exterior. —Señaló con su dedo índice el cristal tras el cual Pittsburg se derretía inmerso en una insoportable calima—. Te dejaré suelto para que atrapes a ese asesino. No me arriesgaré a que se salga con la suya.

Sonreí casi sin proponerlo.

El comisario se dirigió a la puerta e hizo pasar a Dan, que había permanecido tras ella esperando el fin de la reprimenda de turno. Se sentó a mi izquierda, serio, todavía tenso por lo ocurrido en el interrogatorio.

—Bien —dijo Hopkins alzando los brazos—. ¿Qué tenemos?

—Poco. O más bien lo que él ha dispuesto que tengamos —aseguró el recién llegado no dándome ni siquiera tiempo a contestar—. Cuatro cadáveres: dos víctimas y dos verdugos. Sin embargo, el auténtico culpable ya se ha encargado de transmitirnos que estos últimos no eran más que meros títeres en sus manos; aun así, yo creo que han sido al menos dos individuos. Y para más inri, el asesino quiere darse a conocer. De no haber mostrado sus intenciones, quizá el caso estaría más que finiquitado. Es inteligente... muy inteligente..., y anhela que el mundo sepa de sus actos.

—Pues debemos intentar que eso no ocurra —decretó Hopkins—. La prensa ha de saber lo justo.

—Tarde o temprano siempre acaban enterándose —lamenté recostado en la silla con las piernas cruzadas—. Además, si quiere hacerlo público, solo ha de llamarles él mismo.

—Esperemos que eso no ocurra. Crucemos los dedos e intentemos alargar la incertidumbre todo lo posible, ¿entendido?

—Entendido.

La voz de Dan se mezcló con la mía sonando como una sola.

—Intentaré sosegar a Asuntos Internos. Pero cuando el caso esté cerrado, deberás saldar cuentas con ellos. Supongo que puedo darte un par de semanas, no más.

«*Siempre a contrarreloj...* —pensé tras asentir las palabras de Hopkins.

—Ahora salid ahí afuera y atrapad a ese hijo de puta. Todo en Between Forests ha sido dispuesto para que regreséis. Mantenedme informado.

—Vamos a hacerle una visita a Stevens —informé una vez fuera del despacho—. El informe preliminar debe estar casi listo.

CAPÍTULO 5

AHONDANDO EN LOS DETALLES

El interlocutor cogió la llamada al cuarto tono.

—¿Sanders?

—Sí, soy yo. ¿Tienes algo?

—Pasaos. Pero antes, hacedlo por el vestuario y poneos la bata, los guantes, la mascarilla, las gafas de seguridad, el gorro y el calzado. Lo de siempre. No debería tener que deciroslo cada vez que venís. Pero dada vuestra idiotéz profunda... No os dejaré pasar sin la indumentaria reglamentaria, os lo advierto, me habéis pillado en plena faena.

—Claro, Stevens. Faltaría más.

Colgué al tiempo que sonreía.

—Aún se acuerda del día que entramos con dos bolsas de basura en la cabeza —dije mirando de soslayo a mi compañero.

—Esa fue buena... —rememoró Dan sonriendo, entrecerrando los ojos ya con pocas fuerzas en el organismo—. Aunque a él no le hizo ninguna gracia.

—Carece de sentido del humor. Pasa demasiado tiempo entre cadáveres.



La agradable temperatura del interior de la sala de autopsias actuó como bálsamo reconstituyente para nuestros cuerpos exhaustos. Tal cual nos acercábamos a Stevens, se revelaba el cadáver de la joven que habíamos encontrado encastada en la ducha. Tumbada ante él, pálida, limpia... muerta. Un inmenso pesar me invadió al verla allí, tan joven, tan bella, tan quieta... Despojada de ese tiempo que de forma tan injusta se le había arrebatado, lista para ser abierta en canal, dispuesta a que su piel fuera maltratada de nuevo. Los mensajes tallados en su epidermis parecían haber sellado, semejaban difuminarse sobre el color mortecino que ahora invadía su cuerpo aseado; y el sonrojo de sus mejillas dado paso al tono de la muerte, de la falta de vida, de la ausencia de todo.

«Quien te hizo esto... lo pagará. Te lo juro por mi vida».

—Dinos lo que no sepamos y te dejaremos trabajar en paz —asegué entretanto Stevens regulaba la mesa de acero inoxidable en la cual reposaba Andrea Robinson—. Nosotros hemos de regresar a Between Forests, y tampoco queremos hacerte perder el tiempo con rodeos innecesarios. Al grano.

—Bien, seré breve. Habéis tenido suerte. Hace escasa media hora he recibido el informe toxicológico —declaró mientras el bisturí que portaba en su mano rasgaba el pecho de la joven dejando tras de sí una estela violácea—. En primer lugar, ninguno de los cuerpos contenía restos de drogas ni alcohol: estaban limpios. Tampoco restos de semen en las víctimas femeninas.

«Adiós a la teoría de que fueran drogados con alguna sustancia que anulara su voluntad —pensé mientras mi mirada no podía apartarse de las manos de Stevens—. Las posibilidades se reducen...».

—¿Puedes parar un segundo, por favor? —rogué ante lo desagradable de la escena.

—Claro.

Stevens cesó de trabajar y nos invitó a apartarnos de la mesa de autopsias.

—La víctima del bosque —prosiguió el forense ya lejos de Andrea—, fue golpeada en la nuca con una piedra y luego arrastrada hasta el roble. Una vez inmovilizada, se le introdujo por el recto un machete de caza de grandes dimensiones; lo encontraron tirado cerca del lugar. Estaba viva cuando sucedió. Podéis imaginar el indescriptible dolor... Aunque es probable, y rezo porque así fuera, se desmayara al advertir el filo adentrarse en su ano.

—¿Huellas? —pregunté estremecido intentado evitar detalles escabrosos que no aportaban nada al caso.

—En la primera escena, se han encontrado las de los implicados, nada más. En la segunda, la de algún familiar. Sabéis que es algo habitual cuando se trata de una vivienda.

—¿Algo extraño? ¿Algo que creas debemos saber? —preguntó esta vez Dan con semblante serio, meditativo.

—No de momento. He de terminar con el cadáver que tengo en la mesa, pero todo indica que el modus operandi es el mismo. La golpearon, la encastaron en la pared con dos clavos a través de sus muñecas y le introdujeron un cuchillo de grandes dimensiones por el recto. Ambas muertes se produjeron a causa de las heridas internas; estaban destrozadas por dentro.

—¿Y él?

—Murió en el acto de un disparo en la cabeza. En apariencia se suicidó. Nada indica lo contrario.

—¿Hora de las defunciones?

—Sobre las once de la noche, todas.

«Tuvieron que ser dos... por fuerza».

—¿Eso es todo? —pregunté demasiado cansado como para seguir filtrando información.

—A falta del último e inesperado cadáver, sí —dijo Stevens arqueando las cejas tras sus gafas de protección.

—Eres un capullo, ¿lo sabes?

—Deja de enviarme cadáveres.



—Vete a casa, Dan —requerí ya fuera de las instalaciones—. Descansa y pasa el día con tu familia. Yo partiré hacia Between Forests al amanecer. Haré preguntas, no es necesaria tu presencia hasta la noche.

—¿Ahora eres mi padre? ¿Me das órdenes?

—Solo intento que pases un tiempo con...

—Cuando ese loco. —Me cortó y clavó sus ojos en los míos— esté entre rejas..., entonces, estaré con los míos. ¿O crees que ellos no están en peligro? Cada hora que pasa se aleja de nosotros. El tiempo juega en nuestra contra, y no debemos permitir que eso se prolongue. Hemos de descansar, sí, pero lo haremos el tiempo justo y necesario.

—De acuerdo. Cuando tienes razón... tienes razón. —Me froté las sienes con las yemas de los dedos—. Voy a casa a tomar un par de cervezas y a acostarme, mi cabeza empieza a notar la ausencia de alcohol. Pasa a las siete y partiremos.

—Sabes que tu cuerpo no va a aguantar eternamente, ¿verdad?

—Sé que voy a morir, Dan, y estoy preparado para ello. ¿Lo estás tú?



El ascensor, como siempre, averiado. Subí las escaleras de sucias baldosas y paredes manchadas de grafitis dispuesto a menguar mi dolor craneal a base de cervezas; descansar de una vez por todas mi fatigado organismo. Requería estar al cien por cien si quería atrapar al asesino que acechaba en Between Forests. A mi espalda, el calor seguía arrasándolo todo, impregnando Pittsburgh de una desgana pegajosa.

Se escuchó una sirena entre el candor, la llave penetró en la cerradura semejando fundirse en ella. «*Compañeros...* —pensé al tiempo que la giraba y empujaba la puerta». Cuando esta se abrió, mostró el interior de mi piso; y a ella. En su cuerpo reposaba únicamente una camisa blanca y sus piernas, largas y esbeltas, se perfilaron separadas y forradas por un aura de luz dorada; luz que emanaba de la única lumbre que iluminaba la estancia: una lámpara de mesa sobre la cual se posaban sus bragas, evitando así que la luz apenas irradiara.

«*Sabe lo que me gusta...* —pensé quitándome la chaqueta, lanzándola donde quisiera aterrizar».

—Llevo un buen rato esperándole, agente —dijo entretanto sacaba un par de esposas del bolsillo de la única prenda que escondía sus encantos—. ¿Va a detenerme?

—Por supuesto, abogada —dije severo, revitalizado por completo—. Las manos en la espalda. ¡Ya!

Melisa volteó su sensual cuerpo colocándose como le había demandado, y juguetona, alzó la camisa mostrándome sus apretadas y morenas nalgas. La esposé y tras inmovilizarla, bajé la cremallera de mis pantalones.

—Voy a tener que multarla con un polvo descomunal, señora —dije tirando de su pelo, sintiendo ella mi aliento en su boca.

—No pasa nada, agente, puedo pagarle aquí mismo.

«*Y tanto que vas a pagar...*».

Deslicé su camisa espalda arriba y contemplé su fina cintura, sus costillas, sus grandes y tersos pechos; y los agarré con fuerza entre mis manos con mi polla ya dentro de su coño. La penetré una y otra vez allí, de pie, contemplando sus ojos verdes, el brillo que asomaba tras esas gafas de pasta que tanto avivaban mi fuego, ese aire intelectual...

—¿Te gusta?

—Mucho, agente. —Su voz se mezcló con los jadeos—. Creo que a partir de ahora voy a ser una chica mucho más mala.

—Pues ha de saber —aseguré acelerando las arremetidas. Me encantaba darle placer hasta dejarla sin fuerzas para contestar—, que ahí estaré yo para multarla. ¿Ha tenido suficiente reprimenda?

Sabía que no podía contestar. Intentaba sin conseguirlo que sus gemidos no truncaran en demasía el silencio, pero poco a poco, aumentaban de tono escandalosamente.

—¿No dice nada, abogada?

—¡Calla, joder! —dijo apretando los dientes—. ¡Y fóllame, cabrón!

—¿Y ahora insulta a un agente? Señorita, creo que se está buscando demasiados problemas.

La giré y sus ojos candentes se encontraron con los míos.

—Asumo toda culpa. Fólleme todas las veces que sea necesario.

Le introduje mi polla y proseguí atizando a la vez que mi lengua se arremolinaba con la suya. Le rompí la camisa cansado ya de que escondiera su escultural cuerpo, y los botones se desparramaron por el tenue suelo de mi piso. El sudor pegó nuestra piel y sentí sus pechos contra el mío, el vello de su coño, su aliento, sus gemidos... y no pude soportarlo. Saqué mi polla de ese orificio que tanto gustaba visitar, y Melisa se arrodilló para que pudiera correrme en sus pechos.

CAPÍTULO 6

DAN y sus fantasmas

«Espero que las niñas estén despiertas. Necesito abrazarlas, besarlas, achucharlas... —pensé acercándome a la puerta—. El césped está muy alto —aprecié mientras metía la llave en la cerradura—. Tengo abandonada mi vida».

Entré y todos mis males desaparecieron. Como dos leonas hambrientas, mis dos princesas, Alanis y Eden se abalanzaron sobre mí expulsando de mi organismo todo triste pensamiento. Las estrujé entre mis brazos mientras Danah observaba la escena desde el sofá, sonriente; mas sus ojos reflejaban esa preocupación, ese temor que no era capaz de extirpar de sus adentros.

—Hola, cariño.

Me incliné y la besé con mis dos hijas amarradas a las piernas.

—¿Cómo va todo?

—Bien... —musitó con evidente semblante angustiado—. Esperando a que mi marido apareciera por casa.

—Ahora no, por favor —supliqué mirándola fijamente a los ojos—. Cuando las niñas se acuesten.

—De acuerdo —asintió cabizbaja.

—¿Quién de estas dos princesitas quiere darse un baño caliente con su papá?

—¡Yo, yo, yo, yo...! —exclamaron alzando los brazos con efusividad.

Alanis y Eden eran gemelas, nacidas de un arduo y prolongado proceso de fecundación «in vitro», cuatro años atrás en el tiempo. Un tormentoso camino que por suerte, desembocó en los dos seres más perfectos que su padre había contemplado nunca. Por ello el abandono que habían sufrido en los últimos años me dolía en lo más profundo de las entrañas. Pero su sacrificio se reflejaba en otras personas, que gracias en parte a mi ausencia, seguían vivas.

«No podemos convivir en total armonía con la existencia; si coges de ella, ella misma se encarga de equilibrar la balanza usurpándote algo —pensé relajado dentro de la bañera en compañía de mis dos hermosas sirenas—. Puto Jeff y sus chorradas metafísicas... Ha conseguido metérmelas en la cabeza, el muy cabrón... —Una sonrisa se dibujó en mi rostro, entretanto mi cuerpo se rebozaba en agua y espuma».

Tras alimentar a un par de patos de goma, fingir ser un príncipe en busca de damiselas en apuros, de atender al sonido de la noble risa que solo un niño es capaz concebir, y de escuchar las suplicas de dos niñas solicitando mayor atención..., me dispuse a seguir atendiendo a lamentos; aunque esta vez, iba a ser la madre quien los lanzara al viento.

«Las cosas han de cambiar —reflexioné mientras las vestía con dos pijamas idénticos de la Hello Kitty—. Son tan hermosas... No puedo demorarles más mi atención».



Danah me esperaba sentada ante la mesa del comedor. Había separado una silla del gran tablero de madera que tanto tiempo llevaba sin verme comer sobre él, y

me ofreció asiento con la mirada.

—¿Se han dormido? —susurró una vez reposé mi trasero en esa silla que permanecía al costado de la suya.

—Se han quedado muertas. No hay nada como un baño de espuma.

Danah sonrió expulsando lentamente el aire por la nariz, y sus ojos brillaron y pensé iban a expulsar una lágrima cada uno.

—Quiero que dejes el cuerpo —dijo en un susurro tajante.

Hice además de contestar, pero lo evité hablando de nuevo:

—O le dejes a él —expuso esta vez alto y claro—. No entiendo por qué has de ser su compañero. Si él no tiene vida, que no nos amargue la nuestra. Pide un cambio de compañero, así de simple. No tendrás ni siquiera que dar explicaciones, todos le conocen —suplicó posando su mano en mi rodilla—. Desde que empezaste a trabajar a su lado, todo cambió entre nosotros. Incluso tú has cambiado. Jeff Sanders te está convirtiendo en algo muy diferente al hombre con el cual me casé.

—No puedo.

—¿iPor qué!?

—Hay algo que no sabes, algo que incluso omití en el informe policial. No quería preocuparte más de lo que ya te preocupas por mí.

—No encontrarás mejor momento para contármelo, te lo aseguro. —Sus palabras sonaron a ultimátum; o al menos, es la sensación que tuve al escucharlas—. Haz que entienda la devoción que profesas por ese hombre —imploró sumida en una evidente amargura.

Asentí y me acomodé en la silla dispuesto a narrar el suceso que cambió mi vida un matutino y frío lunes allá por el año 2010:

—Creo que era enero... o febrero..., no lo recuerdo bien. Nuestro sino en la vida se había reducido a atrapar a un secuestrador de niñas. Cinco habían sido ya sus víctimas hasta la fecha.

—Sí, lo recuerdo —comentó Danah cortando mi narración—. Jeff acabó herido, y el asesino muerto. Fue un caso mediático como pocos en la historia de Pittsburgh.

—¿Puedo seguir? —pregunté torciendo el semblante.

—Sí, sí... por favor, continúa.

—Gracias.

El irónico agradecimiento escapó de mi boca en un susurro cansado, mientras al mismo tiempo, el sueño me devoraba poco a poco.

—Jeff —prosegui— se obsesionó de tal manera con el caso, que incluso portaba en su cartera las fotos de las cinco niñas. Se relacionó en demasía con las familias, e hizo del caso un asunto personal: error común en nuestro trabajo. No siempre resulta sencillo apartar los sentimientos y limitarse a ejecutar el manual. Aun así, su inteligencia, unida a su afán y espíritu de lucha, dieron con la identidad del supuesto secuestrador: Arnie Fischer. —Danah asintió al recordar el nombre de aquel mediático criminal—. Solitario, sin familia; de esos hombres que deambulan por el mundo sin hacer demasiado ruido. —Cogí aire y sentí cómo mi corazón se aceleraba al evocar aquellos momentos—. El frío penetraba aquel día en los ropajes, en la piel, en los músculos..., y se acomodaba en los huesos dejando a quien osara cruzarse en su camino anquilosado, ralentizado ante su congelante efecto. Subimos las escaleras del bloque donde residía nuestro hombre, observando cómo el vaho salía dirección a nuestras manos titilantes, engarrotadas, envolviéndolas en un reconfortante y cálido abrazo ante el orificio del cual emanaba el calor. Solo nosotros conocíamos el paradero del asesino; nadie más sabía que estábamos allí. —Danah no movía un músculo, escuchaba mis palabras inmersa en ellas, seducida por la intriga—. Los golpes en la puerta del todavía sospechoso quedaron sin respuesta, y Jeff, sin ni siquiera detenerse un segundo a pensar en las consecuencias, le propinó una fuerte y rabiosa patada. Sacó del bolsillo de su chaqueta negra una petaca, y vació su contenido en ese cuerpo que ya no sentía frío alguno. Y de inmediato, imitando al licor, nuestras armas abandonaron también sus fundas. El interior del piso se mostró forrado de maderas viejas. No había tabiques, solo una inmensa sala de paredes cubiertas por tablones sucios y pintados con siniestros dibujos de niños. La luz se filtraba entre los huecos que las maderas encastadas ante las ventanas dejaban pasar; y la oscuridad dominante nos obligó a encender las linternas. Los puntos de luz revelaron una pequeña cocina encastada en una esquina. Manos en alto, alumbrando al tiempo que apuntábamos, nos dirigimos a aquel siniestro rincón. Allí encontramos el único mobiliario de la sala: un armario, una mesa, una silla y un horno metido dentro de un pequeño mueble; polvo e inmundicia, moscas y cucarachas... Jeff se acercó a la mesa enfocándola con su linterna, y tal cual se acercaba a ella, se iba revelando un plato con un pedazo de carne. Se acercó al horno entreabierto: «Todavía está caliente», confirmó girándose en mi dirección. —Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo mientras miraba a los ojos de mi esposa. Y por un instante, casi sentí estar inmerso en la penumbra de aquella sala—. No tuvimos tiempo siquiera de sopesar la situación; del armario surgió un hombre disparando como un demente: Arnie Fischer. Se escucharon tres disparos, y el que a la postre sería conocido como «El Canibal de Pittsburgh», cayó fulminado de un disparo en la cabeza. Yo no me moví, me quedé petrificado mientras Jeff impartía justicia.

—Pero..., sigo sin entender —musitó Danah frunciendo el ceño.

—Jeff se giró y sus renqueantes pasos le colocaron frente a mí; y me abrazó. «Para eso estoy aquí, Dan, para salvar vidas», susurró en mi oído. Sentí cómo mi pecho se mojaba en su sangre, y cómo se desplomaba de espaldas a la vez que sonreía.

—Lo siento, pero...

—Las dos balas que llevaba incrustadas en el pecho llevaban mi nombre —aseguré tajante—. ¿Lo entiendes? Se interpuso en su camino. Nunca en mi vida he apreciado algo con tanta nitidez. Se movió hacia el lado opuesto, se apartó hacia el costado del sacrificio. Dime ahora, mujer, ¿cómo voy a abandonarle?

CAPÍTULO 7

No he elegido ser quien soy

—¿No puede pasar un solo día sin que tengamos la misma discusión?

—No entiendo por qué no podemos ser una pareja normal —lamentó Melisa—. Estoy harta de fingir que no te amo.

La inesperada visita trastocó mis planes. Y la cerveza, pues ella merecía algo mucho mejor, dado paso a dos vasos rebosantes de whiskey y hielo. Sentados sobre el sofá, con el aire acondicionado resoplando a toda potencia, escuché las quejas de esa mujer que, por alguna extraña razón, quería estar a mi lado.

—Eres demasiado joven, demasiado hermosa y demasiado inteligente como para malgastar tu vida conmigo. Soy un ser nocivo, quien se acerca a mí acaba corroyéndose de una manera u otra. Y no permitiré que tú te consumas a mi lado. ¿Crees que no quiero estar contigo? Qué clase de ser ruin y egoísta sería entonces..., si por mi propio bien, perjudicara algo tan hermoso como tú.

—Soy mayorcita para elegir lo que quiero o no quiero en la vida —aseguró sorbiendo el whiskey, mirándome de soslayo.

—El alcohol acabará matándome tarde o temprano. Y sabes que no puedo dejarlo, pues entonces, mi vida abocaría en un mar de dolor y angustia. Estar contigo es lo único que me reconforta a parte de mi trabajo. Por ello, no voy a permitir que mis constantes cambios de humor te amarguen la existencia. Soy un veneno que a sorbos no mata. Pero si bebes demasiado de mí...

—Eres un gilipollas. Eso es lo que eres.

Me miró y sus ojos brillaron como una estrella fugaz, fugaz como sería mi paso por la vida. Y ese brillo que reflejó su amor por mí, hizo que algo se apiadara en mi interior, y sentí el irrefrenable deseo de sincerarme, la necesidad de hacerle comprender. Todavía no sé por qué lo hice, pero de mi boca brotó una triste historia:

—Me casé con diecinueve años con la primera mujer que amé. —Los ojos de Melisa se abrieron de par en par—. Estaba embarazada, y aunque éramos muy jóvenes, estábamos muy enamorados.

—Nunca me habías hablado de esto —manifestó cortando mi sincero arranque—. No sabía que hubieras estado casado, y mucho menos que tuvieras una hija...

—No tengo hija, Melisa..., ya no.

Se produjo un incómodo silencio, cortante, que semejó no iba a alcanzar nunca su fin.

—Cuando Keira cumplió cinco años, el mismo día de su aniversario discutí con Susan. No solíamos hacerlo, pero aquel día un buen amigo me había invitado a jugar una timba de póker, y ella no estaba de acuerdo en que fuera. Me dijo que mi lugar estaba allí, con ellas, y en ningún otro sitio, que debía abandonar mis antiguas costumbres en pos de una vida en familia. Cuánta razón tenía... —medité en voz alta entretanto mi mente se ahogaba en un océano de recuerdos—. Cuando regresé tras la partida, las luces rojas y azules, las cintas policiales y el descontrol cercaban mi hogar: un tarado las había asesinado.

Melisa lloró sin más. No sollozó, solo expulsó lágrimas por sus hermosos ojos esmeralda.

—Pensé en suicidarme —confesé tras beber un largo trago de whiskey—, pero ese no es mi estilo. Si mi vida ya no tenía sentido, ¿por qué no usarla para ayudar a los demás?

—Lo siento —lamentó posando sus manos sobre las mías—. Lo siento de verdad.

—Hace unos seis años —proseguí sintiendo el peso del pasado exprimir mis hombros con fuerza—, el destino decretó que el dossier que contenía los detalles del asesinato cayera en mis manos. Lo había estado evitando durante años, pero aquel día no pude eludirlo. Las palabras del psicópata que las mató...: «Buscaba entre las casas, miraba a través de las ventanas al acecho de mujeres solas y desamparadas».

—No fue culpa tuya —musitó Melisa con clara emoción en su rostro—. No podías saberlo.

—Si le hubiera hecho caso, si hubiera estado donde debía estar, con mi familia, ahora estarían vivas. Desde aquel día sufrí las migrañas. Las acepto como castigo por haberlas dejado solas. El dolor me recuerda cada día el motivo por el cual luché, el motivo por el cual sigo respirando.



Melisa, como siempre, insistió en quedarse, y yo, también como siempre, la insté a que se marchara. Me tiré sobre la cama ataviado tan solo con unos slippers, resoplando al tiempo que observaba cómo el techo giraba y giraba.

—¿Papi? —escuché al pie de la cama.

«¿Keira?».

Me incorporé y vi una sombra deslizarse por la puerta. La seguí hasta la sala de estar inmerso en una oscuridad que solo la tenue luz que entraba por las ventanas disipaba. Y allí, en medio de la habitación estaba ella, estaba mi hija, tan hermosa como la recordaba, en pijama, con su osito Dormilón entre los brazos.

—Cariño, ven con papá —le susurré mientras mis ojos lloraban sin consuelo.

Me acuclillé para recibirla entre mis brazos, pero justo antes de que los alcanzara, su pecho se tiñó de rojo. Se detuvo y alzó su mano mirándome fijamente.

—Tranquilo, papi, pronto volveremos a estar juntos.

—Lo sé, mi amor. Lo sé...

La mancha de sangre se expandió y la engulló haciéndola desaparecer ante mis ojos empapados en lágrimas.

«A solas conmigo mismo y la penumbra... como ha de ser».

Me alcé y giré mi cuerpo al escuchar chirriar la puerta de la cocina. Del interior de la pequeña estancia emanó una intensa luz amarillenta, que se tornó en un cuerpo en llamas. El ser abrasado se acercó y posó su lumbre a escasos dos metros de mi cuerpo semidesnudo.

—Hola, detective. —Su voz sonó grave, distorsionada—. ¿Te acuerdas de mí?

—No sé quién eres, demonio. Pero seguro vas a decírmelo ¿verdad?

Las llamas se extinguieron de su rostro, y se mostró uno que bien conocía.

—George Gannon, el asesino del estanque —afirmé.

—Sí... Todavía recuerdo las caras de esas niñas cuando las violaba, y cómo tras hacerlo se hundían lentamente en el agua. Qué tiempos aquellos...

—Y recordarás también cuando te atrapé, ¿verdad? y la tremenda paliza que recibiste —pregunté socarrón ante aquel cuerpo en llamas con cabeza humana—. Espera, espera... —Alcé mi mano y le señalé con el dedo índice—. Te measte encima, sí, ahora lo recuerdo. Eras un puto cagado de mierda que solo se atrevía con niñas indefensas. Sí... recuerdo que en comisaría te llamaban «el meado del estanque».

Sus ojos arrojaron una llamarada cada uno, y su cuerpo se tornó de nuevo una bola de fuego.

—¡Nunca dejaremos de atormentarte! —se escuchó al tiempo que se abalanzaba sobre mí agarrándome con sus manos candentes.

Me zarandé por la habitación como a un pelele sin que yo pudiera hacer nada, anquilosado, entregado a su voluntad, a la merced de esos fantasmas que noche tras noche martirizaban mi descanso. Sentí el calor derretir mi cuerpo, fusionarse con las flamas que formaban el suyo. Me arrojé contra el televisor, contra las ventanas, contra la mesa de cristal... Me golpeé y lanzó por los aires una y otra vez machacando mi cuerpo como yo había machacado el suyo cuando estaba vivo. Y como colofón a tan intensa reprimenda, aprisionó mi cuello y me depositó en el centro de la estancia muy lentamente.

—Hasta la próxima, detective.

De rodillas, sentí que todo había acabado. Alcé el rostro y advertí que la luz aumentaba en intensidad, que lo que me envolvía se hallaba patas arriba: el televisor sobre el suelo, los cristales agrietados, los cuadros fuera de sus alcajates, los jarrones hechos añicos... Mi cuerpo molido impregnado en sudor y sangre apenas tenía fuerzas para alzarse. «*Joder... ¿Me estoy volviendo loco?*». Los vecinos gritaban tras las paredes, arriba y abajo, a mis costados... No tardaría en recibir la visita de algún compañero.



Me quedé de rodillas observando los pequeños cortes que forraban mi epidermis, y degusté el dolor que los impactos habían arraigado en mi cuerpo buscándole un sentido a esa vida, que a la deriva, no tardaría en zozobrar. No quería estar con nadie, solo con ella... y cuando lo estaba, me sentía culpable por encauzarla hacia un futuro incierto. El único que consentía mi locura era el bueno de Dan, y seguro no tardaría en sorber demasiado de mí. *«Lo más sensato es esperar a que la muerte llame a mi puerta, e intentar, durante la espera, causar el menor daño posible —pensé embargado por esa tristeza que tan gustosamente se había acomodado en mis adentros—, y entretanto, mientras aguardo, atrapar a cuantos demonios me sea posible. Pasar del mundo y dedicarme a saldar mi cuenta con él. Si algún día vuelvo a reunirme con ellas, haberme ganado aquí su perdón. —Reparé en los rayos de sol que asomaban tras las persianas anunciando otro día intenso y caluroso—. Amanece... —pensé absorto en los leves rasguños que desdibujaban mi piel—. Nunca antes me había ocurrido algo así... ¿Ha sido un sueño? Pero... He estado en él, mi cuerpo así lo atestigua. ¿Sonámbulo? ¿Alucinaciones? —temí con un nudo en la garganta—.*

Amanece...».

CAPÍTULO 8

De vuelta

—Gracias por echar a esos dos imbéciles.

—Solo hacían su trabajo. Han tenido suerte de que les interceptara en las escaleras. Eran agentes recién llegados, y casi pagan la novatada. Les he salvado de un egocéntrico sermón, eso seguro. ¿Qué coño ha pasado ahí arriba? ¡Tienes cortes en la cara! —preguntó ya sentado en mi Mustang, dispuestos ambos a emprender el viaje de regreso a Between Forests.

«*Y el cuerpo repleto de arriba abajo...* —pensé sin la intención de decir nada».

—No lo sé, creo que tengo alucinaciones —confesé oprimiendo el acelerador—. Me estaré volviendo loco.

—Deberías ver a un médico. Los dolores de cabeza..., y ahora alucinaciones...

—Sabes que no voy a hacerlo, y sabes que no me gusta que toques ese tema. ¿Quieres que te envíe a tomar por culo?

—Haz lo que quieras —Dan hizo aspavientos con uno de sus brazos—. Es tu vida. No conozco a nadie más cabezota e incorregible que tú. Paso.

—He dejado mi vida en manos del destino. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

—¡Que me olvides, puto chalado!

Sonreí. Dan era el único amigo de verdad que tenía, y aunque a veces era duro con él, lo quería como a un hermano. Verle sufrir por mí me hacía sentir bien, aunque en realidad, esa no era una sensación de la cual enorgullecerse. El ser humano se cautiva al ver a los demás llorar, padecer ante su desgracia. Lo traduce como un signo de amor, de cariño. ¿Cómo de avariciosos somos si gozamos del dolor ajeno? ¿Cómo es posible que para sentir nosotros la dicha hayamos de acudir al pesar de otros? Somos extraños... Yo no quería de esos placeres, los rechazaba. Los entresijos del alma humana me desconcertaban y me hacían sentir inmerso en un mundo que no entendía. Apartaba en la medida de lo posible a todos los que me importaban. No quería que me quisieran, les alejaba de mí para protegerles, para que así fueran más felices; pero ellos no lo entendían.

—Si hago lo que hago, Dan, es porque así está escrito. Y haga lo que haga, seguiré escribiendo mi destino. Le he entregado la vida a la existencia, y ella se la llevará cuando crea oportuno.

—Madre mía... —Dan aplaudió con vehemencia aparentando lo que yo creía ser: un loco—. ¡Un Oscar para el señor Jeff Sanders por su magnífica interpretación de gilipollas suicida!

—Sí, tú riéte... que ya te la devolveré.

—¿Has hablado con el Sheriff? —preguntó cambiando drásticamente de tema y de semblante.

—No. Pero me valdría con que hubiera hablado con las familias. El tiempo se nos echa encima y no tenemos nada en absoluto. Hemos de encontrar un hilo del cual tirar, o este caso puede perderse en el olvido.

—Espero equivocarme, pero volverá a matar. Y cuando lo haga, cuando se sienta seguro cometerá un error, siempre lo hacen.

—Debemos evitar que ese futuro asesinato se cometa. Daremos con la conexión y le encontraremos. Tengo el extraño presentimiento de que él mismo quiere que eso ocurra.



Fuera ya de Pittsburgh, adentrados en zona boscosa, frené en seco.

—¿¡Qué pasa!? —gritó Dan sacando su arma.

—¡Mierda! Qué coño... ¿¡Está loca!?

Señalé al exterior, justo frente al morro de mi Mustang.

—¡Qué! ¡La carretera esta desértica! —garantizó Dan inclinando su cuerpo hacia delante.

—Mira. Esa mujer... ahí. ¿No la ves?

Los ojos de mi compañero escudriñaron la carretera.

—Ahí no hay nada —aseguró con la mano izquierda colocada sobre sus ojos haciendo de improvisada visera.

—¡Sí... ahí, joder!

Salí lentamente del vehículo y me situé justo ante la visión. Giré mi rostro hacia Dan, que permanecía acongojado dentro del coche, y le deleité con una pausada peineta.

—Te dije que te la devolvería —susurré moviendo los labios de forma que pudiera leerlos a través de la luna.

—¡Serás gilipollas! ¡Tu puto sentido del humor no tiene ninguna gracia!

«Sí que la tiene... y tanto que sí».



—Son como alimañas... —lamentó Dan al ver los vehículos de la prensa estacionados frente al hotel que había de hospedarnos—. Llama al Sheriff, ¡que los eche!

—No será necesario. Ha dispuesto un perímetro de seguridad ante la puerta, ¿lo ves?

—¡Joder con Collins! Zorro viejo... ¿eh? —murmuró Dan asintiendo con énfasis—. A propósito, recuerda que esta noche pagas tú las cervezas... —Me guiñó el ojo—. A la salud del Sheriff, ¿no?

—Sí, claro. Sabes que siempre pago mis deudas. Tuve que dar con la única autoridad competente del condado. Pero antes de eso, tenemos que hacer muchas preguntas.

—Indagar es nuestro trabajo, e indagaremos hasta encontrar lo que buscamos —aseguró antes de adentrarse en la impertinente maraña de periodistas.

Los móviles intentaron acercarse a nuestras bocas con la intención de grabar cualquier palabra que saliera de ellas. Me coloqué las gafas de sol y pasé entre las vallas doradas que Collins y sus ayudantes habían posado ante la puerta del Hotel Independencia. Flashes manifestándose a cámara lenta, brazos estirándose a ambos costados del exiguo camino, cámaras filmando semblantes custodiados por algaradas de curiosos; y una punzada craneal con cada destello fotográfico. Dispuesta a ofrecerme un día de calvario y riguroso dolor, la jaqueca, intensa y constante como siempre, aquel día se perfilaba más nervuda de lo habitual.

Paso firme. Mirada al frente. Dos palabras:

—Sin comentarios.

Las voces quedaron atrás, al igual que las preguntas: «Fuentes fidedignas aseguran que las muertes han sido perpetradas de forma premeditada, que los asesinos actuaban guiados por una única mano», expusieron unas. «¿Se enfrentan a un asesino en serie?», preguntaron otras. «¿Creen que pueda deberse a una secta?».

—Sin comentarios.



La habitación era perfecta. Amplia y sin apenas mobiliario: justo lo que había pedido. Una mesa, cuatro sillas, un pequeño armario, una pizarra, dos mesitas y una cama la adornaban junto a un cuadro sobre el cabezal del lecho que había de reposar mis intensas noches de pesadilla. Además, en una esquina esperaba un mueble bar impertérrito a que lo saquearan, algo que no tardaría en ocurrir.

Perfecto.

«Espero no repetir los altercados de la noche pasada... —pensé entretanto colgaba la ropa en el armario».

Justo al posar la última percha sobre la barra metálica, mis piernas temblaron sin previo aviso, mi vista se nubló y sufrí un fuerte mareo: me desplomé de espaldas. «Qué cojones...». Mi cuerpo tiritaba descontrolado sobre el suelo incapaz de hacer otra cosa que desfallecer poco a poco. El techo de la habitación se tornó borroso, y entre ese espacio que quedaba entre nosotros, una silueta asomó.

—Hola, papi.

«Keira».

—¿Eres tú, mi amor? —pregunté a la mancha oscura inclinada sobre mí.

—Sí, papi, soy yo. Mami me ha dicho que te diga que te espera, que no tardes. Que tu lugar está con nosotras, con tu familia. Dice que estás enfermo porque piensas mucho en nosotras, y que pronto, como nos echas tanto de menos, volverás a buscarnos.

Poco a poco su rostro abandonaba lo difuso hasta revelar lo que más añoraba.

—Dile a mami que no tardaré —aseguré contemplando su angelical rostro—. Y dile también que siento lo que le hice.

El suelo de la habitación se regó con mis lágrimas, y mis sesos, aparentaron desparramarse sobre el líquido que mis ojos habían despachado. Los froté, y la secreción ocular desapareció al igual que mi hija, dejando en mí la más profunda amargura.

«Solo pido tiempo para atraparle... sea quien sea que riges este mundo... Luego puedes llevarme con ellas —pensé al tiempo que Dan golpeaba la puerta de la habitación».

—¿¡Estás bien, Jeff!?

—¡Sí, voy! —dije en alto—. ¡Estoy refrescándome un poco! ¡Un minuto!

Me incorporé a duras penas y, disimulando mi estado dirigí mis torpes pasos al encuentro de los que, junto a mí, habían de resolver el enigma que allí nos había emplazado.

Tras instalarnos en el Hotel, el Sheriff nos acompañó a la comisaría de la cual se hacía responsable. Nada más acceder al interior, sus tres ayudantes se plantaron ante nosotros como un trío de cirios.

—Mery —anunció Collins señalando a la única mujer del terceto. Una joven morena, atractiva, de cuerpo fino y esbelto, cintura apretada, pechos tersos... Se mordió el labio superior y me miró fijamente con sus dos grandes ojos marrones—. «Mery... Creo que a esta le va la marcha». James y Kevin —finalizó.

James era un hombre barbudo y rechoncho, nada atlético, de unos cincuenta años y calvo, portador de un semblante, en apariencia, rudo y poco afable. Se le notaba un hombre curtido, de los que llevan años ejerciendo el oficio. Esas cosas las notaba, sin más. Kevin era joven, no más de treinta años, pelirrojo y como todos los que compartían color capilar con él, de piel clara. Su mirada delataba devoción por lo que hacía, sentirse orgulloso de ser un hombre de justicia; demasiado joven para saber, que no existía aquello por lo que creía luchar.

CAPÍTULO 9

NADA y menos

—Esto es lo que tenemos: muchos datos y nada relevante —afirmé ante la pizarra que contenía las pesquisas que yo mismo había escrito.

- 1 Víctimas siempre unidas a un árbol.
- 2 Justicia poética. ¿Venganza?
- 3 N° de víctima en aparente orden de ejecución.
- 4 Tripas vaciadas por esfínter.
- 5 Labios pintados. Sonrisa.
- 6 Víctimas de edad pareja.
- 7 ¿Suicidios? ¿Secta? ¿Rol? ¿Asesinos?

Sentados frente a mí, el sheriff, sus ayudantes y Dan, escuchaban atentos mis palabras.

—Todo apunta a dos crímenes pasionales. Pero los mensajes encontrados en las víctimas, y sobretodo el hallado tras el espejo, señalan en otra dirección.

Todos me miraban con ojo avizor, atentos a mis explicaciones.

—¿Qué tienen? —pregunté señalando a Collins.

—Nada —aseguró tras haber permanecido un largo estadio de tiempo en silencio—. Sus motivaciones son un misterio. Los asesinos no tenían ninguna razón lógica para hacer lo que han hecho. Los padres de Cindy aseguran que su hija llevaba una vida corriente, sin cambios relevantes en los últimos años, al igual que los de Andrea.

—Entonces, nosotros iremos a hacerle una visita a los de Brandon. Usted, sheriff, vaya a hablar con los del tipo ese que se voló los sesos... ¿eh...? —Chasquéé los dedos y las punzadas de mi cabeza semejaron acomodarse con lo que surgió de frotar las yemas de mis dedos corazón y pulgar.

—John Everet —aclaró Collins acudiendo al rescate.

—Eso, John.

«¿Estoy perdiendo memoria...? Lo que me faltaba».

—Vosotros —ordené señalando a los ayudantes James y Kevin—, id a preguntar a amigos, conocidos, vecinos..., a todo el mundo. Cualquier dato es importante. Y ya sabéis, nada de detalles innecesarios.

Miré fijamente a los hermosos ojos de Mery, y mi mente imaginó sus labios rozando los míos.

—Y tú, preciosa, busca en los archivos cualquier suceso extraño acontecido en los últimos veinte años. Si el asesino busca venganza, hemos de intentar averiguar la causa del rencor que guarda hacia los habitantes de Between Forests.

Asintió y lamió su labio superior dejándome entrever su lengua.

«No me busques... que me encuentras».

—Sepamos por qué Brandon y John mataron en apariencia inducidos por algo o alguien. Sepamos quién o quiénes se esconden tras los crímenes.

—¿Alguna pregunta?

Nadie abrió la boca.

—Entonces, ¡a trabajar!

Collins se levantó de la silla en la cual había permanecido inmóvil y taciturno, y se acercó mirando de soslayo a que todos los presentes se alejaran. Cuando sus palabras quedaron al resguardo de oídos ajenos, habló:

—Hoy he recibido dos llamadas: una de Asuntos Internos, y otra de los federales. Ambas demandaban lo mismo: que informara de su actuación en Between Forests, y que redactara un informe diario con todas las irregularidades que según ellos iba a cometer.

—¿Y qué va a hacer, Sheriff?

—No voy a ser el chivato de nadie, eso téngalo claro. Pero este es mi pueblo, y las personas que en él residen, mi responsabilidad. Haga lo que tenga que hacer, pero no dañe a mi gente, o tendrá que vérselas conmigo.

—¿Sabe algo, Collins...?

—Ilumíneme.

—Es usted un buen hombre.



El intenso bochorno propiciaba unas calles limpias de transeúntes. Los habitantes permanecían en sus casas disfrutando del frescor que les proporcionaban aires acondicionados y duchas de agua fría. O bien pasaban las horas muertas bebiendo al resguardo de la agradable temperatura que ofrecía el interior de los bares. Los menos afortunados, se encontraban trabajando en la mina de carbón, principal sustento del lugar. Pero las alimañas..., las alimañas siempre al acecho; por muy intenso que azotara el sol.

—¡Sus putas madres! —vociferó Dan mirando por la ventanilla—. ¡He contado doce furgonetas de la prensa!

Aparqué justo en la acera opuesta al portal al cual nos dirigíamos: John Fitzgerald Kennedy, número 72: la calle central del pueblo. Un puñado de reporteros esperaba ante la puerta a que algo ocurriera; vernos aparecer, por ejemplo. Éramos la carnaza que les mantenía vivos.

—¿Algún dato nuevo, agente Sanders? —preguntó Angie Warren, de 'Noticias 5'.

—Sin comentarios —murmuré apartando con la mano una de las tantas cámaras que intentaba grabarme—. Dejados trabajar, por favor.

La aglomeración de micrófonos y dispositivos de grabación se desunió permitiéndonos pasar entre la masa de alimañas. Respetadme y os respetaré: ese era nuestro pacto con la prensa; y casi siempre se cumplía.

Llamamos al portero automático y se escuchó un «sí» seco, triste, como respuesta.

—Agentes Jeff Sanders y Dan Patterson. —Acerqué mi boca al aparato en un gesto estúpido, de esos que se efectúan por simple inercia. Entretanto, los periodistas se iban retirando poco a poco—. Venimos a hacerle unas preguntas.

Sin contestar, la persona tras el aparato nos permitió pasar. Al acceder al interior de la vivienda, unas largas escaleras se interpusieron en nuestro camino.

—Suban —se escuchó desde lo alto de las mismas.

Nos encontramos en un salón decorado con ornamentos clásicos de calidad: una estancia que solo una persona adinerada podía permitirse. Las persianas casi bajadas ocasionaban que el sol coloreara el ambiente de un tenue beige, de un dorado amanecer. Y junto al calor que invadía aquellas cuatro paredes, se nos brindó un ambiente cargado de sosegada calma. Estanterías de madera maciza, oscura, reposando toda clase de libros; bellos cuadros pintados al óleo, jarrones de porcelana chino embelleciendo a juego, tres velas bañadas en ocre sobre una extensa mesa...; y un sofá de piel negro donde reposaba reclinado el supuesto padre de Brandon: Anthony Pitt Freeman.

—¿Señor? —profirió Dan ante su inmovilidad.

Miraba al frente con la mirada perdida, sin mover un ápice su cuerpo. Y el negro que envolvía sus ojos, semejó iba a engullirle en su propia oscuridad. Su rostro, sus manos, su corazón, su mente, su alma..., todo en aquel hombre era negra melancolía.

—¡Anthony! —vociferé rompiendo el silencio—. ¡Espabile, joder!

—Jeff... —masculló Dan a mi lado golpeándome con el codo—. No empezemos... Con tacto, coño... con tacto.

—¡Ni tacto ni pollas!

Nuestro hombre giró el rostro en nuestra dirección sin cambiar un ápice su semblante aturdido. Vestía un traje oscuro, con camisa negra a juego; y su corazón parecía no desentonar en absoluto con la oscuridad que le vestía.

—¿Qué desean? —preguntó como si no hubiera escuchado mis gritos.

—¡Que despierte de una puta vez! —Me froté la sien y sentí un leve mareo—. Necesitamos su lucidez unos minutos, ¿estamos?

«¿Me estoy mareando otra vez?».

Dan me miró y pude atisbar en sus ojos el miedo que mi temperamento le causaba en situaciones como aquella. Me conocía demasiado bien. Y aquel día, el intenso dolor me golpeaba incansable, y no parecía tener otra intención que la de proseguir intensificando su tormento. Aquel día no poseía tiempo que perder. Aquel día ni el alcohol había conseguido mitigar mi tortura.

—¿Sabe cómo murió su hijo?

Necesitaba quitarme esa espina clavada. Ser honesto con aquel hombre herido de muerte.

«Estoy harto de ocultar la verdad, de soslayarla con medias verdades o mentiras enteras».

El rostro de Melisa destelló ante mis ojos al mismo tiempo que lo hicieron dos tremendas punzadas craneales.

—Lo sé, agente. Sé lo que ocurrió. —Anthony hablaba casi balbuceando, entrecortándose sus palabras—. Pero no tengo ni siquiera fuerzas para valorar la situación. No le culpo, si es eso lo que le preocupa. ¿Cómo iba a culpar a nadie de la muerte de un asesino?

Sus palabras me sorprendieron. En lo más intrínseco de su alma se libraba una batalla atroz, sin piedad, y no parecía estar ganando.

«Un hombre justo. Pero he de hacer que reaccione».

—¿Por qué cree que su hijo ha matado a Cindy? —pregunté quizá de forma demasiado explícita—. Denos algo que no sepamos, cualquier cosa extraña que haya observado en los últimos días. Nuevas compañías, visitas extrañas, llamadas, comportamiento dudoso... Lo que sea.

—Ahora que parecía haber superado su depresión... —murmuró sin desviar la mirada de sus manos unidas—. Ahora que creíamos que todo volvía a ser como antes.

—¿Depresión? —preguntó Dan adelantándose a mí como tanto le gustaba hacer.

—Sí. Brandon era el capitán del equipo de lucha libre olímpica de la universidad. Pero una grave lesión de rodilla le apartó de su sueño de ser campeón. Y cayó en una profunda depresión. —Se alzó y se encendió un cigarro en apariencia más entero, más centrado—. Creíamos que las visitas al psicólogo darían su efecto, pero..., dados los últimos acontecimientos...

—¿Dónde se encuentra la consulta de dicho doctor?

—En esta misma calle —aseguró señalando una de las ventanas de la habitación—, número 157, doctor Justin Stevenson .

—Bien, gracias por su ayuda. ¿Y su esposa? —pregunté al percatar su ausencia.

—Esta sedada en su habitación. No sacaré nada en claro de ella.

—Pues necesito hablarle. Dígame cuando crea oportuno que mañana a esta misma hora volveremos. Que esté presentable. O la interrogaré en el estado que esté.

Asintió mientras expulsaba el humo previamente aspirado del filtro del cigarrillo.

—No puedo ayudarle, agente. Mi hijo era normal, un buen chico. No entiendo cómo ha podido hacer algo así... Es incomprendible.

—¿Y de su relación con la víctima?

—Brandon era muy reservado. Sé que tenían altibajos, lo normal en su edad. Pregunten a las amigas de Cindy, no sé... No puedo pensar.

Volvió a sentarse y su vista a perderse ante él.

—Gracias por todo, Anthony —dije al tiempo que me agachaba y le agarraba la mano derecha, estrechándosela—. Y disculpe mis formas. Sepa que siento lo que le ha ocurrido a su hijo.

—Se quitó la vida, nadie le obligó a hacerlo. —Su alma no aguantó la presión y lloró sin emitir un solo sollozo: solo lágrimas—. Y aunque me duela decirlo..., quizá lo único sensato que podía hacer. Cualquiera merece el máximo castigo por cometer una atrocidad semejante; sea un hijo, un marido, o un padre...

«*Quizá su hijo no fuera el responsable de la muerte de Cindy* —pensé sin atreverme a pronunciar dichos razonamientos en alto—. *Aunque él la matara*».



Las escaleras se expandieron y contrajeron justo antes de que iniciara su gradual descenso. No pude evitar posar mi pie sobre el primer escalón al tiempo que este se difuminaba y retorció. Fue en ese mismo instante, cuando el más agudo de los dolores extirpó por completo el vigor de mis piernas. Y ese suelo picudo e inclinado se acercó a mi rostro veloz e ineludible, dispuesto a partirme la cara, a triturar cada uno de los huesos de mi organismo. Entonces todo empezó a rodar, el mundo se dedicó a dar vueltas sobre sí mismo, y me adentré en una espiral lastimosa que centrifugó mi organismo sin clemencia. Ví mis piernas, las escaleras, el techo..., y otra vez mis piernas. Recuerdo a Dan gritar algo a mi espalda; no entendí sus palabras. No dejaba de girar, no podía dejar de adentrarme en la oscuridad, de meterme de lleno en la inconsciencia.

Y me abandoné. Le permití al destino barajar, repartir, y jugar mis cartas; aunque en realidad, él no requería de permiso alguno.

«*Al fin has llegado, dolencia* —pensé tirado al pie de la escalera—. *Siempre has estado ahí, al acecho. Siempre inevitable*».

CAPÍTULO 10

convaleciente

«*Dónde cojones estoy*».

Abrí los ojos no sin dificultad. A mi derecha, Dan dormía desparramado sobre una butaca que no parecía demasiado cómoda. La habitación se mantenía iluminada gracias a la luz blanca que se colaba por una puerta entreabierta a mi izquierda. Pero en el exterior... fuera, la oscuridad lo aletargaba todo. Negro era lo único que podía verse tras la ventana situada sobre mi compañero; y una alejada y casi inapreciable luna menguante. Mas aquel hospital, como ocurría en casi todos, nunca dormía. Aprecié que el dolor de mi cabeza había sido calibrado hasta alcanzar, y mantener, un bajo nivel de intensidad; supuse que gracias a los sedantes que también mantenían aturdido mi organismo. De mi brazo brotaba una alargadera de plástico que iba a dar con el recipiente que contenía los medicamentos que me abarrotaban y calmaban; una aguja penetraba en mi piel facultando que el líquido llegara a mi sangre. Continuo, sin prisa, gota a gota, los sedantes me otorgaban una placentera modorra. «*Lágrima a lágrima* —pensé absorto en el goteo, arropado por una parsimoniosa tristeza». A pesar de los analgésicos, sentía el dolor revolotear por todo mi organismo: costillas, piernas, brazos, cara, espalda..., todo aparentaba roto. Sobre mi pecho, varios electrodos propiciaban que mis signos vitales se mostraran en un monitor posado al costado de mi cama: parecían estables. Además, bajo mi bata pude observar vendas que constreñían con fuerza mis costillas. También mi pie derecho, que asomaba bajo las sabanas, se mostraba vendado.

«*Costillas fracturadas, pierna... ¿rota?* —pensé todavía adormecido—. *Tengo que salir de aquí*».

Hice además de apretar el botón que sabía alertaría a las enfermeras. No poseía ni siquiera las fuerzas necesarias para advertir a Dan de mi despertar. Pero justo antes de oprimirlo, la puerta se abrió lentamente.

Entrecerré los ojos.

«*¿Melisa?*».

Llevaba en sus manos un vaso que rezumaba un intenso humo blanco. «*Café* —pensé—. *Le encanta el café...*». Pasó ante mi cama mientras yo fingía estar dormido, y se sentó en la única butaca que quedaba libre en la habitación.

«*¿Qué coño haces aquí, amor?*».

Alcé mi brazo derecho y lo mantuve unos segundos en alto. Melisa advirtió mi gesto y zarandeo a Dan con fuerza sobresaltándole, logrando que dejara atrás el sueño.

—Mira —me señaló—. Se ha despertado.

Dan se acercó y encorvó su cuerpo hasta dejar su semblante a unos escasos veinte centímetros del mío.

—¿Cómo estás? —preguntó frunciendo el ceño.

—Como un chaval —susurré a la vez que le guiñaba el ojo—. ¿Qué hace aquí la afamada Melisa Chambers? —pregunté deseoso por saber, fingiendo estar sorprendido.

—Lo sé todo, Jeff. Sé lo vuestro. No es necesario que disimules más. Ahora lo importante es que te recupere...

Aparté a Dan con las pocas fuerzas que disponía cortando su frase, y le hice un gesto a Melisa para que se acercara.

—Ven, quiero decirte algo —pronuncié muy bajo, sintiéndome extremadamente cansado.

Se acercó y sus ojos plasmaron el temor que sentía. Arrimó su oreja a mi boca, y su perfume se adentró en mis fosas nasales. Como diapositivas incrustándose en mis pupilas, y en apenas un segundo, pasaron ante mis ojos los buenos momentos que habíamos pasado juntos. Cada beso, cada caricia, cada susurro, cada sonrisa... todo el amor que del uno al otro nos habíamos transferido.

—Eres una puta zorra de mierda —musité muy lentamente en su oído—. Me has traicionado. Teníamos un pacto y lo has incumplido. —Noté cómo una lágrima

mojaba mi pecho proveniente de uno de sus hermosos ojos verdes—. No quiero volver a verte jamás. Si apareces por mi casa, te pego un tiro y te lanzo al Ohio. ¿Entendido? Lo nuestro acaba de terminar.

Melisa huyó de la habitación sollozando intensamente, corriendo y cubriéndose la cara con las manos. Dan fue tras ella.

«*Lo siento, mi amor, es por tu bien. Algún día lo entenderás*».

Lloré sin fuerzas aunque supiera que hacía lo correcto; aquello no era otra cosa que un gesto de amor altruista. No iba a permitir que su sufrimiento paliara el mío, que su sacrificio hiciera llevadero el fin de mi vida. No a cambio de su bienestar.



Apenas cinco minutos tras su marcha, Dan entró por la puerta enérgico, y dirigió veloz sus pasos hacia mi cuerpo tumbado. Alzó el brazo y me propinó un fuerte puñetazo que se dirigió directo a mi nariz.

—¡Estoy harto! —desgañitó señalándome con el dedo índice.

Los latidos de mi corazón se aceleraron provocando que el aparato que los monitorizaba emitiera un estruendoso pitido.

—¡¿No tiene respeto por el ser humano?!—gritó de nuevo mientras yo limpiaba la sangre que salía de mi nariz—. ¡Ella te ama, desgraciado de mierda!

«*¿Me ha reventado la nariz?* —pensé sonriendo».

—¿Y encima te hace gracia?

Por un segundo pensé iba a golpearme de nuevo; por suerte, las enfermeras acudieron en mi ayuda.

—¡¿Qué ha pasado aquí?! —preguntó la primera en hacer acto de presencia. Una enfermera mayor, de al menos sesenta años. Tras ella, otra mucho más joven se dirigió directa hacia el aparato que pitaba sin cesar.

—Las constantes se estabilizan —aseguró ante el monitor que ella misma había silenciado.

—He intentado levantarme y me he golpeado con la barra de protección —expliqué mostrándome calmado—. Ha sido culpa mía. Pueden marcharse.

—¡Si tiene la nariz rota! —advirtió la joven mirando a su compañera.

—Estoy en un hospital, ¿no? Cúrenmela entonces...

Negaron con la cabeza en apariencia recuperadas del sobresalto, sabedoras de que mi explicación no era más que una sarta de mentiras. Entretanto, Dan jadeaba a mi costado sin abrir la boca, apretando con fuerza dientes y puños. Ese gesto tenso, exaltado, furioso..., ese gesto era el que revelaba la verdad de lo que allí había ocurrido.

—Le curaremos esa nariz ¡Y por Dios, no intente levantarse! Mañana el doctor hablará con usted.



Sufrí como un condenado las curas de las enfermeras. Dan se sentó en su incómoda butaca mirando cómo me intentaban enderezar la nariz que él mismo había fracturado. Sus ojos no parecían mostrar arrepentimiento, al contrario, aparentaba incluso estar disfrutando de mi padecimiento. Cuando al fin nos dejaron solos, le hablé:

—Dime. ¿Cuánto tiempo llevabas deseando darme ese puñetazo?

—Demasiado.

—¿Desahogado?

—Como no lo he estado nunca.

—Bien. Ahora quiero que me escuches atentamente.

Dan asintió acomodándose en su asiento.

—Habla.

—Del amor al odio hay solo un paso. ¿Crees que no sé por qué estoy aquí? Me estoy muriendo, lo noto. Y no quiero que se pase el tiempo que me queda cuidándome para que al fin, cuando me vaya, solo el recuerdo de un hombre demacrado quede en su memoria. Si me odia, le será mucho más fácil olvidarme. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Pero verla llorar así... tan frágil —Negó con la mirada fija en el suelo beige de la habitación, compungido.

—¿Te han dicho algo los médicos?

—Nada más llegar te hicieron un T.A.C. para comprobar si el desfallecimiento guardaba relación con tus dolores de cabeza.

—¿Y?

—Durante años, un tumor ha crecido poco a poco en tu cabeza, hasta provocarte un cáncer terminal. El doctor dijo que a lo sumo te quedan seis meses de vida, quizá menos.

«Las visiones... Claro —pensé un tanto confuso».

Dan habló sin inmutar su gesto, como si estuviera leyendo un comunicado; quizá consciente de que sus palabras no iban a sorprenderme. Pero sus ojos..., sus ojos no podían mentirme. En ellos vi la pena, el pesar que sentía al verme morir lentamente. Un intenso frío impregnado en sudor recorrió mi cuerpo. Sentir que se acerca el fin... Nadie es capaz de digerir algo así; por mucho que se crea preparado.

—¿Y la pierna?

—¿En serio...? ¿Tras lo que te acabo de contar te preocupa la puta pierna? Es solo un esguince.

—Perfecto.

—¿Y ahora qué? —preguntó clavando su mirada en la mía.

Dan sabía perfectamente lo que iba a contestar, lo vi en sus ojos. Dedujo al instante, tras su pregunta, cuál iba a ser mi respuesta.

—Ahora hay que atrapar a un asesino. Ahora, has de sacarme de aquí.

CAPÍTULO 11

BENDITA ENCRUCIJADA

El sonido de los dedos oprimiendo teclados cesó al igual que las palabras, y la comisaría se silenció como si dos fantasmas hubieran entrado en ella.

—Vosotros dos sois gilipollas, ¿verdad?

El comisario se echó las manos a la cabeza al ver a Dan empujar la silla de ruedas que transportaba mi cuerpo hecho añicos.

—¡Estáis fuera del caso! —vociferó observando cómo nos acercábamos, sabedor de lo que habíamos ido a buscar allí—. ¡Si pareces el puto tío ese de los agujeros negros, por Dios! ¡Si estás hecho una puta mierda!

—Stephen Hawking, comisario... Stephen Hawking —murmuré doblando el cuello, imitando la postura que caracterizaba al gran físico encima de su habitual «transporte».

Se escuchó alguna leve risa de fondo.

—¡Stephen tu puta madre! ¡Largaos! ¡Oficialmente estáis de vacaciones!

Tras su ahuyentador grito, Hopkins nos dio la espalda dirigiéndose a su despacho. Un estruendoso portazo quedó tras él.

Pasamos entre las mesas sobre las cuales nuestros compañeros intentaban resolver toda clase de delitos. Las caras de mis compañeros reflejaron la incredulidad absoluta; y eso que allí, todo el mundo conocía mi insensatez. Algunos de aquellos agentes habían sido compañeros míos antes de que Dan comenzara a padecerme. Creo recordar que ninguno aguantó más de un mes.

«Y a los que quieren aguantar, les echo a patadas de mi vida —reflexioné al tiempo que Melisa se perfilaba en mi mente».

Nada más entrar en su despacho, hablé para evitar que Hopkins nos remitiera otra de sus características regañinas:

—Una semana. Es todo lo que pido. Si en siete días no he atrapado a ese hijo de puta, no volveré a verme por aquí. Lo juro.

Me aguantó la mirada y quedó pensativo.

Y pensó.

Pensó a la vez que el silencio se adueñaba de todo.

Pensó mientras su mirada asemejaba ahondar en el pasado a través de la mía. Cada caso que habíamos resuelto, cada bronca, cada grito, cada apretón de manos: un sinfín de malos y buenos momentos, pues al fin y al cabo, eso es la vida.

—El caso está en manos de los federales —aclaró al fin—. Tienes una semana, ni un día más. Si recibo una sola queja... —amenazó señalándome—, te hecho al instante. Sé una puta sombra, se te da bien. Y ahora, largaos de aquí.

Justo antes de que abandonáramos el despacho, Hopkins habló de nuevo:

—Sanders...

—Sí.

—Siento lo de tu enfermedad. Eres difícil, lo admito, un puto grano en el culo. Pero en el fondo, no eres mal tipo.

—Usted tampoco, comisario.

Nos sonreímos mutuamente.

Dan me arrastró hasta la salida. Y de nuevo, nos dispusimos a iniciar el camino de vuelta a Between Forests.



—Nos avisaron de que iba a volver —comunicó el sheriff al verme entrar en su oficina sobre mi silla, sorprendido ante mi lamentable aspecto.

—¿Alguna novedad?

—Siempre al grano, eh... Sanders. Eso me gusta de usted. —Nos dimos un fuerte apretón de manos—. Nada. Amigos y familiares no apreciaron comportamiento extraño en las víctimas, tampoco en los verdugos. Nada. Tampoco hemos encontrado ningún suceso destacable en los últimos veinte años que pueda dar sentido a la presunta búsqueda de venganza del asesino. —Collins negó con la cabeza mirando al suelo—. Este caso lleva tintes de no resolverse.

Incliné la cabeza hacia atrás e hice un gesto para que Dan acercara su oído a mi boca, y susurré en él unas cuantas palabras. El color de su piel mutó del blanco pálido al amarillo indisposición.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?



«Decisiones... —pensé esperando con un vaso de whiskey entre las manos—. *La vida es una sucesión de ellas, un continuo baile de pequeños detalles que van moldeando nuestro destino. Una de esas en apariencia insignificantes decisiones me cambió la vida años atrás... Pero a mí, el tiempo, no supo o no quiso curarme las heridas. Un simple paso atrás, un huir en vez de luchar, un giro a la izquierda, un cambio de sentido, un proseguir..., un te quiero en vez de un adiós, una caricia en vez de una voz, apretar el gatillo, no hacerlo..., matar o vivir... Cada gesto, cada movimiento, cada palabra nos aboca a ese sino que espera. Aunque quizá solo estemos forjando un camino por el cual alcanzarlo, y este nunca cambia a pesar de nuestras resoluciones. Quizá nuestra única decisión en la vida sea el cómo alcanzar el fin*».

Y yo aquel día tomé una que sí cambió el mío, o al menos, es lo que el destino quiso que creyera.



Dan no quiso acompañarme. Se negó a participar en lo que a punto estaba de hacer. Me dejó solo, sentado ante aquella mesa, acorralado en una esquina por la muchedumbre que atestaba el bar-restaurante. Y el dolor craneal me atenazó mientras las voces se enredaban en mi cabeza avivándolo.

La intranquilidad colmaba el ambiente: rostros compungidos, temerosos, inquietos... Un asesino andaba suelto, y cualquiera podía ser su próxima víctima. Un hombre sentado en la barra me observó; no aguantó ni un mísero segundo mi mirada. Un periódico se apartó y dos ojos se clavaron en los míos; tampoco resistió mi intensidad. Una hermosa joven pasó por mi lado. Ella sí mantuvo sus ojos azules clavados en los míos. Sonreí. «*El sexo opuesto... —pensé—. Se me ha dado bien, sí...; aunque, sin pretenderlo, haya acabado siempre haciéndole daño: mi hija, mi mujer, mi madre, mi hermana... Melisa; he dejado tras de mí un rastro de dolor*».

Cualquiera. Cualquiera de aquellas personas, por muy azules que tuviera los ojos, era un posible sospechoso para mí.



La vi mezclándose con la gente tras abrir la puerta del local. También me vio. Caminó entre los clientes hasta sentarse a mi lado.

—¿Whiskey? —preguntó señalando mi vaso.

Asentí.

—No pierdes las viejas costumbres, ¿eh, Sanders? —Alzó el brazo y el camarero se percató de su gesto—. Un whiskey doble, por favor.

Me miró y asintió compungida, sonriendo mientras sus ojos brillaban.

—Y por lo que he escuchado..., este será nuestro último encuentro. Una pena.

—Eso parece, Angie. Aquí termina nuestro acuerdo.

—Nos hemos ayudado mucho, y de verdad, siento lo de tu enfermedad.

Saqué mi bloc de notas y lo deslicé sobre la mesa en su dirección.

—Claro... —susurró al captar mis escasas ganas de hablar.

Angie hizo ademán de sacar mi remuneración habitual, pero la detuve agarrándola del brazo.

—Esta vez la información es gratuita. Mi regalo de despedida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero ninguna se escapó de ellos.

Tras despedirme y «montarme» en mi transporte con alguna que otra dificultad, me dirigí girando las ruedas que me hacían avanzar hacia la habitación que me esperaba en el Hotel Independencia.



Me senté ante el televisor y esperé. Y bebí hasta quedarme casi dormido. Solo la voz de Angie se interpuso entre mi cuerpo y el inminente letargo que se le venía encima.

—¡Exclusiva! —anunció trascendental tras la pantalla del televisor—. ‘Noticias 5’ ha conseguido información relevante sobre los extraños asesinatos acontecidos en Between Forests.

Sacó a relucir cada una de mis anotaciones, cada detalle, cada minucia de la que yo era sabedor. Todo salió a la luz. Todo.

—Las palabras del presunto homicida —remató impetuosa tras mostrar todos los datos que poseía—: «Seguiréis su pista, sí..., pero jamás borraréis sus actos». ¿Cuál será la próxima víctima del ‘Asesino Indeleble’?

Me reí a carcajadas inmerso en una cogerza del tamaño de un piano. Evadido de todo, distraído de los males que me constreñían el alma. «*El ‘Asesino Indeleble’... ¿En serio, Angie?* —pensé destornillándome sobre el sofá—. *Muy bueno, sí...*».



El teléfono sonó despertándome de mi inducido estado.

—¿Sí?

—Soy Collins. —Su voz sonó autoritaria—. He recibido una llamada y creo tener una pista fiable sobre el... ¿Asesino indeleble? —dijo esta vez guasón—. Usted no ha hablado conmigo, ¿está claro? Los federales no dejan de tocarme los cojones.

—Soy una tumba. En cinco minutos estoy ahí.

Nunca imaginé que mi desesperación surtiera un efecto tan inmediato.

«Benditas decisiones ... Bendita encrucijada».

CAPÍTULO 12

La loca DE LOS GATOS

La loca de los gatos: así apodaban en Between Forests a la mujer que aseguraba tener la punta de ese ovillo que, con urgencia, debíamos empezar a deshilar. Si no nos daba algo a lo que aferrarnos..., si no nos entregaba una pista fidedigna sobre el asesino...

Vivía en una cabaña a las afueras, situada en el inicio de uno de los tantos bosques que cercaban el pueblo. Una pequeña casa de madera, de techo picudo, rodeada de maleza e inmundicia. No nos resultó sencillo alcanzar la puerta; las ruedas de mi silla semejaron tropicar con todas las piedras y ramas que reposaban sobre aquel pequeño pedazo de terreno.

—¡Ve con cuidado, coño! —regañé entretanto Dan farfullaba entre dientes.

Golpeó la puerta en tres ocasiones, y casi de inmediato, una mujer de avanzada edad, de pelo blanco y largo, abrió. La suciedad se dejaba vislumbrar entre las arrugas de su cara.

—Pasad —dijo haciendo ademán con las manos, con voz rasgada.

La casa constaba de una sola habitación, y resultó obvio, a tenor de lo que encontramos, que la mujer padecía el ‘Síndrome de Diógenes’. Cabezas de muñecas, periódicos viejos, frascos de cristal, telas roídas...: toda clase de basura y desperdicios domésticos se amontonaban en el suelo. Y entre la inmundicia, maullando sin cesar, una ingente y acongojante manada de gatos.

—Nos han dicho que quería hablar con nosotros —dijo Dan tapándose sin reparos la boca con un pañuelo.

El olor a meados resultaba tan penetrante, que incluso mis ojos lagrimearon debido al escozor. Allí, solo las moscas, que zumbaban alrededor de nuestras caras posándose sobre nuestros labios impregnados en sudor, semejaban sentirse a gusto.

—Sí —contestó sentándose en un sofá que literalmente daba asco.

La mujer buscó en uno de los bolsillos de su vestido negro, y sacó una pequeña radio a pilas. Nos la mostró zarandeándola efusivamente, alzándola para que pudiéramos verla de cerca.

—He escuchado todo lo que ha hecho ese al que llamáis ‘El Asesino Indeleble’ —dijo señalando el aparato—, y creo saber por qué.

—Por favor, hable —rogué intrigado como nunca.

Asintió.

—Mi hijo James murió hace diez años aquejado de un cáncer de páncreas. Nunca me separé de él, estuve a su lado hasta el último aliento. Fue en esos últimos días, durante las noches, cuando las pesadillas le atormentaban. Pensé que la fiebre procurada por la enfermedad le hacía susurrar incoherencias, pero ahora... ahora creo que le perseguía el pasado. Y creo que aquello que le martirizaba está relacionado con los asesinatos.

—¿Qué decía su hijo, señora? —pregunté grabando a fuego en mi cerebro cada palabra.

Los maullidos y la peste se entremezclaban con sus interesantes explicaciones. Pero yo no olía ni escuchaba a gato alguno; solo su voz se filtraba por cada uno de los poros de mi piel, por cada uno de mis sentidos.

—Se lamentaba —continuó reflexiva—, de haber atado a alguien a un árbol, a un niño; de haberlo dejado solo, llorando: «Era una broma, estábamos jugando... —susurraba sudoroso sobre su lecho de muerte—. Pero desapareció... Cuando regresamos, no estaba, el hombre del saco se lo había llevado. Teníamos diez años... éramos solo unos niños... Dios nos perdonará..., pues él no va a hacerlo», lamentaba inmerso en ensueños de dolor.

Miré a Dan y él me devolvió la mirada. Y los dos entendimos cuál debía ser nuestra siguiente pregunta:

—¿Cuántos años tendría ahora James?

—Cuarenta y cinco —contestó mientras un gato se le subía al regazo.

Una simple resta.

Lo único que necesitábamos para comprender el por qué no habíamos conseguido nada hasta ese mismo instante era una simple operación matemática.

«Hace treinta y cinco años... —pensé deseoso por comenzar a investigar—. *El muchacho al que ataron ha de ser nuestro hombre*».

No habíamos ahondado lo suficiente en el pasado.



Marqué el número del sheriff.

—¿Sí?

—Collins, necesito que busque información sobre un suceso relacionado con la desaparición de un niño de diez años hace treinta y cinco.

—Bien. Mery se encargará.

—Nosotros hemos de hablar con los padres de Andrea Robinson. Intentaré averiguar el nombre del muchacho.

—De acuerdo. Manténgame informado.

—Por supuesto.



—¡La silla se va a tomar por culo! —dije ya sobre el césped que daba acceso a la puerta de entrada—. Tráeme un palo o algo con lo que apoyarme.

—Tú eres gilipollas, ¿verdad? Para tener un coeficiente intelectual de ciento cincuenta, a veces pareces un puto retardado mental. —Dan no creía lo que estaba oyendo—. Un palo, dice. El palo te lo voy a meter por el culo.

Los dos reímos casi sin saber por qué, hartos de todo: abatidos, apenados, doloridos..., recordando; cansados de cargar con una vida de muerte e injusticia a la espalda. Pero ser agente de la ley tenía sus ventajas. Al igual que el señor y a la señora Robinson estarían atiborrados de «medicamentos», yo también lo estaba. Teníamos en nómina a toda clase de confidentes, y todos de dudosa moralidad, y alguno de ellos, camello. Así que tras abandonar el hospital, tiré de agenda para «comprar» un buen puñado de los mejores «medicamentos». Y funcionaban... Vaya si funcionaban. No solo paliaban en gran medida el dolor de mi organismo, también lo mantenían alerta.

—Pues entonces, ayúdame a incorporarme —rogué—. No pienso estar sentado en esta mierda de silla ni un segundo más.

Con la ayuda del bueno de mi compañero conseguí, con más brío de lo esperado, ponerme de pie. Y un tanto renqueante, a la vez que auxiliado por los «sedantes», me dirigí a la puerta, escoltado siempre por ese terco calor empecinado en no desaparecer.

Vivían en la misma urbanización en la que se había hallado encastado en la ducha el cuerpo de su hija. La distribución de la casa era idéntica a aquella en la cual se había cometido el asesinato.

Los padres de Andrea no eran ni siquiera capaces de elevar la voz a un nivel entendible. Los tranquilizantes les mantenían atontados, apartados de la realidad. A duras penas el padre consiguió abrirnos la puerta. Perder a un hijo es el peor de los tormentos: lo sabía bien. Y mi raciocinio decía que el de «la loca de los gatos» no había sido el único en participar en aquella broma que, por lo visto, acabó en desgracia. Resultaba obvio que, treinta y cinco años atrás, algún miembro de ese matrimonio había estado atando al, todavía enigmático muchacho a ese árbol del cual alguien había «liberado» más tarde. Y era también más que probable, que el ‘Asesino Indeleble’ —no lograba acostumbrarme a ese nombre—, se hubiera vengado de ellos a través de su hija Andrea. Las edades coincidían..., las piezas del puzle parecían acercarse dispuestas a encajar en cualquier momento. Pero todavía me atestaban muchas dudas: ¿Le encontraron tras desaparecer? Y si fue así... ¿Dónde está

ahora? ¿Y sus padres? ¿Residirán todavía en Between Forests? Y lo más importante: ¿Cómo demonios ha conseguido que maten por él?

«¿Y si no es él?»

Lo que sí sabía, era que todas mis esperanzas se habían depositado en aquel niño de diez años.



Los padres de Andrea nos esperaban de pie en el comedor. Por descontado, rondaban ambos los cuarenta y cinco años. De buen porte. Ella, Brenda, de cabello rubio y ojos azules, hermosa; él, Eduard, de pelo blanco, elegante, alto, delgado y de ojos también claros: dos guapos que se habían encontrado.

—No me andaré con rodeos —dije tajante nada más acceder a la habitación—. ¿Quién es él? ¿Quién es el niño al cual atasteis hace treinta y cinco años a un árbol?

Los ojos del hombre denotaron asombro.

Los de ella, no dejaron lugar a dudas.

CAPÍTULO 13

IZAN WAYANS

—Se llamaba Izan —dijo la señora Robinson en voz muy baja.

Se quedó de pie ante mí, quieta, esperando que le hiciera esa pregunta que sabía estaba a punto de acontecer.

—¿Por qué no llamó al sheriff cuando todo salió a la luz? —pregunté ya cerca de alcanzar un monumental cabreo—. Usted intuyó la posible conexión entre los asesinatos y el muchacho... ¿Por qué?

—¿Posible...? —musitó cabizbaja—. No tengo ninguna duda de que existe.

«*Qué le habrá hecho permanecer en silencio...*».

—¡Mató a su propia hija, joder! —gritó Dan claramente exasperado. Nunca le había visto alzar la voz en acto de servicio.

Brenda se dirigió a las escaleras que daban a la planta superior, cansina, casi arrastrando los pies. Entretanto los ojos de su marido no lograban escapar del asombro. Él no se movió, se dejó caer sobre una silla quedando inmóvil, mirando al suelo.

—Siganme. He de enseñarles algo, detectives. Y así podrán entender.

La seguimos hasta su habitación. Brenda se sentó en la cama y abrió el primer cajón de una de las dos mesitas que reposaban a sus costados, y extrajo un sobre. Alzó el brazo ofreciéndome lo que su mano agarraba con desidia.

—La recibí hace diez años —explicó sin alzarse.

Me acerqué, cogí el sobre y lo abrí. Como supuse, dentro hallé un folio doblado: una carta. Empecé a leer mentalmente:

«Te acuerdas de mí, Brenda. Soy ese niño al que ataste a un árbol hace veinte cinco años. Pero ahora ya no soy un niño, soy un hombre en busca de venganza. Y cuando esta arribe, te advierto que lo único que salvará a los que decida no matar, será el silencio. Nadie ha de saber de esta carta, o todas las personas que amas morirán.»

«Mañana, en Pittsburgh, un hombre llamado Ron Nichols matará a su mujer y se pegará un tiro en la boca; y lo hará a las cinco en punto de la tarde. Lo que la policía nunca sabrá, es que yo les he matado. Puedo arrebatat vidas donde y cuando me plazca. Así que, cuando la venganza te alcance, acéptala y súbrela en silencio.»

Izan Wayans ».

«*El hijo de la vieja debió recibir la misma nota... —deduje—, de ahí sus miedos.*».

Aquel doble homicidio se cometió a la hora señalada. Lo recordaba. Y entonces, lo supe; se disiparon todas mis dudas acerca de quién era nuestro hombre, de quién era el ya mediático 'Asesino Indeleble'.

Ahora, solo debíamos encontrarle.



Le pasé la carta a Dan para que pudiera leerla. Sus ojos, al ir desfilando sobre cada frase, me mostraron el mismo asombro que segundos antes le habían mostrado los míos.

—¿Quién estuvo con usted aquel día? —pregunté apresurado.

—Hank, el padre de Cindy Logan, la chica encontrada en el bosque, Catherin Kern, la esposa del alcalde y Josh Milton, el gerente del Hotel Independencia.

Cogí el móvil y marqué tan rápido como pude el número de Collins. Casi de inmediato, el sheriff atendió a mi llamada.

—Dígame, Sanders.

—Avisé a los federales —dije alto, claro y rápido—. Que pongan protección a los familiares de las víctimas. Y también a los de Catherin Kern, la esposa del alcalde y Josh Milton, el gerente del Hotel Independencia. El asesino busca vengarse de ellos.



18 de julio de 1980,

Between Forests.

—¡Izan! —gritó mi madre desde el portal—. ¡Te olvidas la merienda!

Apenas hacía una semana del traslado. Mi padre aceptó un puesto de ejecutivo en la empresa que controlaba la mina de carbón que daba de comer a casi todo el pueblo. Uno de esos, que según él, no podían rechazarse. Dejé atrás diez años de vida en Pittsburgh; y lo peor de todo: dejé atrás a mis amigos. Y la verdad..., mi nueva andadura no había empezado con buen pie.

—Toma, cariño. —Mi madre metió en mi mochila un bocadillo envuelto en papel de plata—. Verás como todo irá mejorando.

Me dio un beso en la frente.

«Detecta lo que me ocurre —pensé mientras me alejaba—. No necesita saber, me siente como parte suya. El simple hecho de mirarme a los ojos le revela ese estado anímico que está ahora bajo mínimos, mis anhelos, incluso lo que estoy pensando... A una madre no se le puede engañar».

No merecía el desprecio que mis compañeros de colegio proferían hacia mí. Era más inteligente que ellos, nada más. ¿Motivo para repudiar a alguien? ¿Motivo para apartarle, para insultarle? Preguntas que no deberían requerir respuesta; pero puedo dársela: no. Toda discriminación es injusta: nadie debería sentirse desplazado por ser diferente.

—¡Eh, cerebritito! —escuché ya cerca de mi destino—. ¿Te apetece ir a investigar esta tarde con nosotros al bosque?

Era Josh, acompañado por sus inseparables amigas Catherin y Brenda, y su sombra Hank. Andaban tras de mí; y mis piernas se esforzaron para que así continuara siendo.

—Al salir, tengo que ir directo a casa —contesté aligerando el paso.

—¿Eres un miedica, Izan? —preguntó Brenda con sorna mientras los demás cacareaban intentando imitar a una gallina.

Brenda era preciosa: rubia, de piel clara y lisa, esbelta, de suave voz... En cambio, Josh era uno de los principales artífices del acoso que estaba sufriendo desde mi llegada, al igual que su «esbirro» Hank; e intuía que su invitación no era más que otra estratagema para burlarse de mí.

—No soy ningún miedica —aseguré ya dentro del recinto escolar.



Tras terminar las clases, me dirigí directo a casa como hacía todos los días desde mi reciente llegada. Pero de nuevo, los cacareos se escucharon tras de mí. Me giré y vi a Josh, a Catherin, a Brenda y a Hank: los de siempre; esos que por algún incomprensible motivo, se habían empeñado en amargarme la vida. ¿Qué había hecho yo para merecer tales «honores»? contestar satisfactoriamente a todas las preguntas que me hacían los maestros, sin percatarme, de que aquello podía suscitar envidias.

—Venga, medica, acompáñanos al bosque. Necesitamos a otro para jugar —solicitó Brenda entre los cacareos.

Era tan hermosa...

Aquel día entendí el poder que escondía la belleza.

—Bueno. Pero solo un rato.

Accedí por el simple hecho de por una vez en la vida, confiar en la bondad de las personas: grave error.

Una vez a las afueras, en zona boscosa, todos me agarraron en contra de mi voluntad. Y haciendo caso omiso a mis ruegos, gritos y lamentos, me ataron a un roble. Ahora mismo, no recuerdo quién extrajo la cuerda de su mochila.

—¡Por favor, desatadme! —grité al tiempo que lloraba—. ¡No volveré a hablar en clase, lo juro!

Mis suplicas solo dibujaron unas inmensas sonrisas en sus caras.

—¡Desatadme, por favor! —insistí una y otra vez.

Pero se alejaron. Me dejaron allí, solo, maniatado de pies y manos. Y poco a poco, lágrima a lágrima, la noche comenzó a apoderarse de todo: el sol se escondió mientras mis llantos se tornaban en sollozos.

Fue entonces, entretanto la oscuridad se hacía patente, cuando escuché pasos tras de mí. Pisadas que se acercaban pausadas, sin aparente prisa. Pero no podía ver quién se acercaba.

«*Son ellos, han vuelto a buscarme* —pensé aliviado».

Se hizo el silencio. El sonido de los pies pisando el bosque cesó, y por uno de mis costados asomó un rostro: la faz de la maldad.

—Hola, hermosura. ¿Qué haces aquí solo?

CAPÍTULO 14

DE CABEZA AL INFIERNO

La cerveza entró por mi boca y se deslizó por la faringe, el esófago y llegó al estómago donde una parte de ella fue absorbida. El resto continuó por el intestino delgado y el grueso, pasando a posteriori a formar parte de la sangre, del plasma sanguíneo. Este, la condujo hasta la arteria renal, que la arrastró hasta los riñones y ahí, los dos órganos gemelos se pusieron a trabajar... El resto se hizo orina, transportándola los tubos colectores hasta la pelvis renal, los uréteres y la vejiga urinaria, donde se almacenó. Por último, la uretra la expulsaría al exterior en el proceso llamado micción.

Resumiendo: me estaba meando.

—Bueno, Dan, al fin te he pagado esa puta cerveza que te debía —dije apunto de orinarme encima.

—Ya era hora, sí.

—Sí...

—Y ahora, ¿qué?

—Los federales se encargarán. Es cuestión de tiempo que le atrapen. A nosotros..., bueno, a mí, el tiempo se me acaba. Hemos cumplido con nuestro deber. Les hemos dado la ecuación, ellos han de resolverla. Pero esta vez ha faltado poco, muy poco.

—Sabes que te echaré de menos aunque seas un puto chalado, ¿verdad?

Sonreí.

—Lo sé. Pero ambos sabíamos que este momento llegaría. El adiós... —Me levanté de la mesa—. Voy a mear.

Dan asintió mientras bebía un largo trago de cerveza. Justo en ese mismo instante, como un ente aparecido de la nada, un tipo joven se sentó a su lado.

—¡Yeeeeeeeeee...! —gritó tirándose sobre la silla.

«*Este ha bebido demasiado* —pensé también afectado por el alcohol, sonriendo».

Agarró a Dan por el cuello en un gesto amigable, y le habló:

—Vayya pe-e-loota-zo, ¿jeh, ag-gent-tes!?

Dan sonrió e intentó zafarse de él, pero este le miró al tiempo que su embriagado gesto mutaba de forma radical. Su rostro quedó serio, solemne. Clavó entonces sus ojos en los míos, y habló de nuevo:

—A mí nadie me desbarata los planes, detectives —dijo severo—. Y esto es solo un aviso.

Los ojos de mi compañero se abrieron y expandieron sabedor de lo que ocurría. Aun así, en realidad, no creo que tuviera tiempo material de sopesar la situación.

Intenté sacar mi arma. Me fue imposible evitar que él la sacara primero.

Y le pegó un tiro en la cabeza a mi único amigo.

Le maté, sí, por supuesto. Expandí sus sesos por el bar. Pero ya era demasiado tarde para evitar que mi esencia se adentrara en los infiernos.

Me abalancé sobre el cuerpo inerte. Y le abracé llorando las pocas lágrimas sinceras que quedaban en mi alma.

—¡No... él no, por Dios! ¡No! —clamé apretando con fuerza su ensangrentada cabeza contra mi pecho.



La muerte de Dan trajo consigo una bajada considerable de las temperaturas. La ola de calor que había estado acosándonos durante todo el caso dio paso a un clima mucho más acorde con la estación del año en la que estábamos. Y, también, la certeza de que Izan Wayans era el artifice de todas las muertes que habían convertido Between Forests en el pueblo de moda de Estados Unidos.

Por supuesto, me habían apartado del caso, y, muy amablemente, invitado a morir en soledad: «Vete a casa, Sanders, todo queda en manos de los federales. Ni física, ni moralmente, eres apto para el servicio», ordenó el comisario.

«*Izan Wayans...* —cavilé empapado de arriba a abajo». Parecía habersele tragado la tierra. Por lo poco que sabía del cauce tomado por la investigación, los federales le habían perdido la pista. Él decidió hacer de este un asunto personal. Y ahora, las sombras pasarían a ser mi escenario. En silencio, seguiría el rastro de ese maldito y escurridizo 'Asesino Indeleble'. No pasaría mis últimos días de vida esperando a la muerte mientras ese indeseable se mofaba de nosotros.

Las pistas que yo mismo les había facilitado, condujeron a los federales hasta sus padres. Pero lo que allí encontraron, les abocó de nuevo a un túnel sin salida. Yo, tras el entierro, había acordado una reunión «secreta» con el Sheriff, para recibir de este toda la información que poseía. Collins se la jugaba conmigo, pero como bien me comunicó por teléfono...: «Lo importante es atraparlo. Y ahora mismo, aun con sus deficiencias, le veo el único capaz de hacerlo». «*Decisiones...* —pensé». Debía ver lo que ellos no vieron: leer el informe y encontrar de nuevo la punta de ese ovillo que se había vuelto a enrollar. Donde ellos erraron, yo debía triunfar. Por Dan, por las futuras víctimas de ese hombre sin escrúpulos.



«*Tenía que llover...* —lamenté andando entre los nichos—. *El ambiente idóneo para el drama que se avecina...* —Sonreí expulsando el aire por la nariz, entumecido, abismado en la dejadez absoluta».

El cementerio era bonito. Mas el gris del cielo y la ausencia de los rayos del sol, escondidos tras las nubes, le enturbiaban la belleza. Los lagos esparcidos por el lugar reflejaban ese apagado color, y los patos que campaban en mis anteriores visitas, brillaban por su ausencia. Ángeles de piedra que semejaban observarme al pasar, rostros de seres que antaño rebosaron vida, cruces con un tal Jesús encastado en ellas, suntuosos mausoleos de piedra grisácea erigidos sobre ese césped que daba color al reposo eterno de tantos... «*Almas que anduvieron por este mismo lugar que apunto estoy de abandonar* —pensé sintiendo ese dolor que ya ni los «fármacos» conseguían mitigar». También las visiones se habían intensificado. Veía a mi hija cruzar la calle, saludarme a lo lejos, acurrucarse conmigo en la cama... En ese mismo instante, resaltaba entre las tumbas vistiendo su elegante vestido rojo. «*Se lo regalamos la misma noche que murió, el día de su quinto cumpleaños...* —recordé sonriendo a lo que sabía no era más que un producto de mi enfermedad». Me saludaba asomando la cabecita tras las lápidas, y escondiéndola de pronto, juguetona. Y cuando menos lo esperaba, desaparecía sin más.

«*Pronto, hija, pronto..., volveremos a estar juntos*».



Me quedé apartado de la zona donde el cura ofrecía sepultura cristiana a mi excompañero. Los paraguas dibujaban casi a ras de césped una cúpula negra sobre los asistentes; y desde la lejanía, contemplé el deplorable aspecto que bajo ellos, resguardada de la lluvia, reflejaba Danah. Sentada ante el ataúd que contenía los restos de su marido, lloraba desconsolada, de negro, con la faz descompuesta y el cuerpo curvado, sin fuerzas siquiera para mantenerlo erguido. Estaban todos: compañeros, amigos, parientes... y Melisa. Giró su rostro y me miró como si hubiera percibido mi presencia. Se separó de los que entregaban su último adiós y se dirigió a mi encuentro. Me estremecí al verla: mi corazón no se había olvidado de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

«*¿En serio?*».

—Tengo un cáncer terminal y mi compañero acaba de ser asesinado por el único criminal que no logro atrapar... —musité sarcástico—. Estoy de puta madre.

—Ya... —Me miró y sus ojos reflejaron ese amor mezclado en pena que sentía—. No has de pasar por esto solo, ¿lo sabes? Te quiero. Y permaneceré a tu lado si lo deseas.

—Lo sé. Pero también tú sabes lo que a punto estoy de hacer.

Nos empapaba la lluvia. Sentí el afán y la necesidad de abrazar a la avaricia, de estrechar entre mis brazos al egoísmo, y lanzarme al deseo, besarla entretanto las gotas de lluvia resbalaban sobre nuestros labios unidos; pero me contuve, deseché el anhelo de amarla y me encaminé por la senda de la redención: la dejaría marchar.

—Mátale —dijo al tiempo que me besaba en la mejilla—. Que pague por lo que ha hecho; por lo que le ha hecho a Dan.

«Sin placa, sin normas, ley ni perdón; solo yo y mi instinto».

—Le mataré —susurré apenas a un centímetro de su rostro—. Y no solo eso. Para él, dejar de respirar no es castigo. Deseará no haber vuelto de su cautiverio hace treinta y cinco años. Deseará estar muerto.

Besó mis labios bajo el cielo gris; un beso con tintes a despedida.

Le di la espalda y desaparecí entre las tumbas.



El lugar: una nave abandonada. Collins esperaba en su interior cobijado bajo el resguardo de la noche. Una inmensa luna dejaba a medias la oscuridad, permitiéndole a mis pies atisbar por donde pisaban.

Hube de comprar un bastón, pues mis piernas empezaban a sentir cómo el cáncer se apoderaba de sus fuerzas. Inmerso en un estado de sedación, adormecido por los «calmantes», mi tiempo hábil se agotaba tal cual ese tal Izan Wayans se alejaba a una distancia que pronto resultaría inalcanzable para la ley.

«Última oportunidad —pensé mientras Collins me observaba avanzar con dificultad».

El Sheriff no dijo nada. Alzó su brazo derecho con semblante afligido, y me entregó una carpeta azul.

—Le he hecho un resumen —explicó sonriendo con una de esas sonrisas que más bien son un llanto encubierto—. No hay gran cosa.

Dentro encontré cuatro hojas escritas a máquina, grapadas. Tardé apenas tres minutos en leerlas. La última de ellas, contenía el dibujo de una puerta.

CAPÍTULO 15

COLLINS

Aquellos dos hombres me provocaban náuseas. Con sus elegantes trajes, sus gafas de sol, sus aires de superioridad...

«*Putos prepotentes* —pensé tras ellos, justo ante la residencia de los padres de Izan Wayans—. *No habéis hecho nada. De no ser por Sanders... de no ser por el malogrado Dan...*».

Sus miradas reflejaban exactamente lo que sentían. Me consideraban un pegote, una molestia. Insistí en acompañarles. Hube incluso de hacer varias llamadas, tirar de favores para conseguir acceso total a la investigación. Pero mi motivación, como alegué, no era serles de ayuda sino más bien, serme de ayuda a mí mismo y a mi pueblo, a mi hogar. Esperaría acontecimientos; mas si no les veía capaces, tenía en la recámara de mi mente un plan 'B'.

—Manténgase en silencio —dijo Travis justo antes de llamar a la puerta—. Mirar, ver y callar.

«*Será gilipollas* —pensé mientras ese imbécil miraba de soslayo a su compañero y sonreía».

Travis y Logan, Logan y Travis... El primero, de color, alto y fuerte con la cabeza afeitada y los dientes tan blancos, que parecía haberse tragado un ejército de luciérnagas; el segundo, de piel clara, también alto y fuerte y pelo oscuro, a juego con su carácter.

«*Café con leche* —cavilé tras sus anchas espaldas».



Los padres del presunto 'Asesino Indeleble' nos recibieron de forma cordial. Pareja en apariencia bien avenida. Él, Landon, delgado de marcadas entradas y pelo canoso; ella, Abigail, morena y de baja estatura, de pelo largo y moreno: un matrimonio como cualquier otro. Nos sentamos en la mesa de la cocina, una amplia estancia provista de una larga barra americana. Abigail se dispuso a preparar café; su marido se sentó con nosotros.

—¿Qué quieren saber, agentes? —dijo tranquilo.

Me sorprendió su serenidad. «¿*Sabe quién es su hijo?*». Ni siquiera les había preguntado a mis acompañantes sobre el nivel de conocimiento que poseían los interrogados. «*No importa* —pensé observando su parsimonia—: *a punto estoy de averiguarlo*».

—Cuéntenos lo que ocurrió el dieciocho de julio de mil novecientos ochenta —dijo Travis, que parecía llevar la voz cantante en aquel dueto de gilipollas—. Háganos entender las motivaciones de su hijo.

—No existe lógica para explicar lo que ha hecho Izan...

«*Lo sabe* —descubrí al fin—. *Y entonces... ¿esa tranquilidad?*»

Abigail cortó a su marido colocando una taza de café humeante ante cada uno de los presentes, y se sentó al lado de su cónyuge. Le cogió de la mano, y habló. Y en sus ojos, aunque serenos, sí se observó el brillo de la melancolía.

—Izan fue encontrado por un vecino a los veinte días de desaparecer —dijo al tiempo que su marido asentía—. Y tras ser encontrado, empezó su silencio; hasta que, a los dieciocho años, se marchó sin más: se esfumó. Dada su mayoría de edad... no intentamos localizarle: decidimos respetar su decisión. Dejó una carta de despedida rogando que así fuera. Decía:

«Me marcho, padres. Ha llegado la hora de que prosiga mi vida en solitario. Siento no haber sido el hijo que sé merecéis. Os ruego no intentéis rastrear mis pasos. Siempre os querré».

Izan.

«Qué coño le pasaría durante esos veinte días... Resulta obvio que le secuestraron, pero... por qué su silencio».

—¿Nunca habló con ustedes de lo sucedido? —preguntó esta vez Logan ostensiblemente desconcertado.

—No —confirmó Landon tras pegar un sorbo de café—. Cuando lo intentábamos..., fijaba la mirada y se mantenía inmóvil, en absoluto silencio. Se comunicaba escribiendo en una pizarra, muy de vez en cuando. Los médicos le diagnosticaron TEPT: Trastorno por Estrés Posttraumático. Las personas que sufren dicho trastorno sufren sus efectos de formas muy diversas; y a Izan, lo que le ocurrió durante esos veinte días, le sumió en un letargo interior que incluso le secó el habla.

«No vamos a sacar nada en claro de aquí —lamenté por mis adentros».

—Hay un dato —dijo Abigail entrecerrando los ojos, como si acabara de recordar—, que creo deben saber. Izan huyó con cincuenta mil dólares sustraídos de un plan de ahorro destinado a sus estudios universitarios. Deben tener presente, que aun con su silencio, sus cualificaciones eran intachables. Su coeficiente intelectual superaba los ciento setenta puntos, o lo que es lo mismo: mi hijo era un superdotado. Quizá por ello, lo que le ocurrió le afectó de forma diferente; quizá su intelecto le privó del olvido.

«Ya sabemos que el cabrón de su hijo es inteligente, señora... —pensé al tiempo que recordaba al fallecido Dan, un poco cansado ya de escuchar lo que sabía. Y también harto de la calma que atestaba el ambiente.»

—Nos gustaría inspeccionar su habitación, si no es molestia —dije de pronto ante la atónita mirada de Travis y Logan. Pensé que incluso que iban a atreverse a «regañarme» ante los Wayans. Pero no, asintieron mirándome de soslayo, matándome con la mirada.

«Estos dos se van a llevar un disgusto conmigo...».

—Claro —aprobó Landon alzándose de su silla—. Síganme.



Travis y Logan inspeccionaron la habitación. Una estancia casi vacía: una cama, dos mesitas, un armario y poco más. Abrieron cajones y puertas, miraron bajo la cama... y nada. Yo les observaba desde la puerta, al costado del padre de nuestro único sospechoso.

—No crea que esto no nos afecta —dijo Landon en voz baja—. He visto cómo nos mira —Sorprendido, no supe qué contestar; me limité a escuchar en silencio—. Mi hijo se fue hace mucho, y el tiempo lo mitiga todo. No sentimos culpa alguna; nosotros no hemos matado a nadie.

Me sorprendieron sus palabras. Pero aquel hombre tenía razón: no fueron conscientes de estar criando a un asesino en serie.

«De pequeño —recordé inducido por las palabras de Landon—, escondía mi diario para que no lo encontrara mi hermano. Si hay algo, no estará al alcance de la vista».

Escudriñe la habitación y entonces observé un pequeño detalle. Me acerqué al armario.

—Ha sido arrastrado en varias ocasiones —dije mirando a los federales, agachado al costado del gran mueble—. El suelo está rallado, justo entre sus dos patas laterales.

Lo empuje y allí estaba, pegado con celo en la trasera: el bloc de notas de Izan Wayans.



En el interior de aquel bloc solo encontramos el dibujo de una puerta, que se repetía página tras página.

Mas el sheriff de Between Forests, sabía exactamente dónde encontrar dicho pórtico arqueado.

CAPÍTULO 16

EL ASESINO EFÍMERO

—Supongo que habrán investigado el dibujo —musité al tiempo que le devolvía la carpeta, sintiendo las punzadas que me regalaba el cáncer.

—Por supuesto.

—¿Y?

—Accedimos al lugar y no encontramos nada: una casa en pleno bosque, en ruinas.

—¿Nada? —Miré al sheriff de arriba a abajo y le sonreí—. ¿Está esperando a alguien?

Collins me devolvió la sonrisa.

—Llevo dos linternas en el maletero.



El bosque y sus sonidos nos envolvieron al tiempo que Collins sacaba las linternas del maletero. El grillar de los grillos, el chuchear de un búho a lo lejos, y el golpear de mi bastón sobre esa superficie anaranjada que al recibir la luz de la luna emitía un hermoso brillo cobrizo. «*Si aullara un lobo* —pensé contemplando el hipnótico mural en movimiento—, *la ambientación sería perfecta*». Pero no: los lobos no estaban aquella noche por la labor de ambientar nada.

Resultaba obvio, que la puerta que a duras penas se mantenía ante mí, coincidía con la del dibujo. Una rosa tallada sobre la madera oscura, en el centro del arco que le daba forma, lo confirmaba. Pero lo que antaño fue una cabaña, no era más que un montón de ruinas. Me adentré en sus cuatro paredes y me ayudé de la luz de la luna y de la de mi linterna para observar el interior: deteriorado, carente de techo, semiderruido... Las plantas surgían del entablado de madera a mis pies, de las paredes... Allí no había nada.

—Se lo advertí —dijo Collins desde el exterior—. Le dije que aquí no encontraría pista alguna. Se la conoce como ‘La casa rosa’. Lleva décadas abandonada. Aunque ahora no se aprecie, estaba pintada de color rosado.

Tras pasé de nuevo la puerta que nos había empujado a aquel punto del bosque. La miré de nuevo... «*Tiene que haber algo* —pensé retirándome de espaldas, escudriñando el lugar—. *¿Por qué la dibujó...? Algo se nos escapa. O quizá fue aquí, en esta misma casa, donde estuvo recluso esos veinte días...*».

Me dejé caer sobre las raíces de un alto roble. Mi espalda apoyada en su tronco. Solté la linterna desesperado, hastiado por caer una y otra vez en la nada; y esta, alumbró una hilera de hormigas que transitaba hacia un lugar incierto. Me abstraje mirando el desfile de insectos, siguiéndolo con la mirada, comprobando el punto exacto al cual se dirigía: la casa. Entonces, observé que no se dibujaba una sola línea negra, sino dos. Seguí la oscura raya hasta el interior de la vivienda, y vi cómo se introducía por el entablado que le hacía de suelo, y al mismo tiempo, emergía portando lo que parecía comida: pequeños trozos de pan sobre los insectos, ¿cascaras de huevo?

«*Bajo tierra. Lo que sea que hay que encontrar aquí está bajo la casa*».



—¡Collins! —grité desordenando el meticuloso silencio que estructuraba el ambiente—. ¡Busque una entrada en línea recta con las paredes!

—¿Qué?

—Pegue la espalda contra una de ellas, y empiece a andar en línea recta. ¡Así! —indicó haciéndolo yo mismo—. Hay una entrada subterránea que lleva bajo la casa.

—¿Qué?

—¡Hágalo, joder! ¡Busque una puta puerta, o algo parecido!

—Vale, vale... Voy.

Tras inspeccionar el terreno palmo a palmo durante al menos una hora, escuché al sheriff a mi espalda, a unos veinte metros:

—¡Aquí, aquí! ¡Venga, rápido!

Me acerqué todo lo presto que mis piernas permitieron.

—Es usted un puto genio —dijo cuando le alcancé, asintiendo con vehemencia.

Su pierna apartaba una montonera de arbustos colocados de forma que ocultara un acceso: una puerta de madera. Se abrió sin problemas, revelando un pasadizo de apenas un metro de ancho y poco más de altura. Lo recorrimos agazapados, alumbrando al frente, armas en alto, el corazón en un puño. Inmersa en la opacidad total, se mostró al final del corto recorrido una estancia. Los puntos de luz iluminaron la oscuridad: una estufa eléctrica, una radio, una pequeña cocina, cacerolas, una mesa, sillas... y un viejo extremadamente delgado sentado en una de ellas, quieto, mirándonos de frente.

—Han tardado mucho, agentes —dijo inmóvil, moviendo únicamente esos labios agrietados que iluminaba la luz artificial.



—Detrás de usted. —El hombre señaló a mi derecha con su huesudo dedo índice—. La luz.

Collins giró un interruptor antiguo en forma de cruz a mi espalda, y la habitación se alumbró: una luz tenue, pálida. Apagamos las linternas sin dejar de apuntarle; pero aquel sujeto no aparentaba tener miedo. Bajo el hogar que antaño existió a nuestras cabezas, se había construido otro. Una amplia estancia con todo lo necesario para subsistir, que no vivir. Estanterías de madera, armarios, una cocina...

«*Cómo pudo montar algo así —cavilé desconcertado—. Se esconde.*»

—¿Quién coño es usted? —preguntó Collins con voz temblorosa—. ¿Y qué coño hace viviendo aquí abajo?

«*Él encontró a Izan atado a ese árbol que ahora forma parte de los escenarios que él mismo perpetró... —pensé esperando del siniestro hombre la respuesta que intuía.*»

—Fue el único que se me escapó —lamentó—. Ese muchacho era muy listo. —Sonrió y se relamió los labios—; y dulce.

Me acerqué y le aticé con la punta de mi bastón en su puta cara de rata: fina, de grandes orejas, grandes ojos... Sangró por la nariz sin inmutarse, sin mover un ápice su cuerpo.

—¿Qué le hizo, hijo de puta? ¿Y dónde están los demás, los que no escaparon?

—Yo solo cogí lo que me dieron —aseguró con la boca impregnada en sangre—. Le encontré con un lacito en la espalda. Fue un regalo del señor; y los regalos, si se es educado, no se rechazan.

—¡Que qué le hizo! —gritó Collins colocándole el arma en la sien, apretándola con fuerza contra su cabeza—. ¡Voy a pegarte un tiro aquí mismo, pederasta de mierda!

—Me lo follé por el culo tantas veces como me fue posible —explicó dibujando una media sonrisa en su arrugado rostro—. Y por lo que he escuchado en mi radio, ahora se dedica a matar a aquellos que me lo entregaron, ¿no es así?

«*...A la víctima se le introdujo por el recto un machete de caza de grandes dimensiones... —Las palabras de Stevens se evocaron en mi mente.*»

El sheriff apretó los dientes entretanto el brazo que sujetaba su revólver temblaba descontrolado.

—Bájela —rogué pausado, alzando los brazos en un gesto tranquilizador—. Por favor...

Me miró, respiró muy profundo, tan hondo como pudo y expulsó el aire hasta vaciar de su interior toda la rabia que lo laceraba, y descendió el brazo poco a poco.

—Todavía recuerdo su culito, abriéndose mientras mi polla le entraba y salía —dijo entrecerrando los ojos—. Él lloraba y eso todavía me gustaba más...

—¡Cállese! —vociferé aturdido, mareado a causa del shock, los sedantes, el cáncer... —. ¿¡Dónde están los demás!?

El viejo alzó los brazos, dejándolos estáticos, dibujando con su cuerpo una cruz.

—A nuestro alrededor, agentes.

«*Les mató y enterró* —entendí sintiéndome cada vez más inestable».

El hombre juntó las manos ante mí, pegando sus muñecas.

—Pueden proceder a detenerme —dijo inclinando la cabeza en un gesto burlón—. No soltaré una palabra más si no es en presencia de mi abogado.

«*Sin placa, sin normas, ley ni perdón; solo yo y mi instinto* —cavilé mientras las palabras de ese tarado se repetían como el eco en mi dolorida cabeza».

—Márchese, Collins —articulé sin dejar de mirar al frente—. Pero antes, espósele a la silla.

El sheriff se colocó ante mí y me agarró por los hombros. Me miró fijamente a los ojos.

—No voy a permitir —le susurré—, que su evidente enajenación le lleve de cabeza a un psiquiátrico, donde pase el resto de sus días bien atendido. No puede darnos nada... Está loco.

—¿Qué quiere que haga?

—Nada. Yo me encargaré de todo. No voy a inmiscuirle en esto, bastante se ha arriesgado ya por mí.

Asintió, esposó al viejo a la silla y se marchó sin más.

Una vez desapareció tras de mí, solté el bastón, me erguí ante aquel chalado y di una palmada enérgico, asemejando haber hallado un resquicio de vigor en mi cuerpo.

—Pues voy a quemarte vivo —le comuniqué sonriente.

El pánico absoluto se reflejó en su rostro.



Por sus tobillos asomó la orina. Por debajo de sus pantalones de pana negros, fluyeron los meados de aquel viejo que ya no parecía sentirse tan a gusto con la situación.

—¿Verdad? —le pregunté de forma retórica—. ¿Verdad que cuando la muerte se acerca ataviada de sufrimiento extremo... a uno se le quitan las ganas de fanfarronear? ¿Es así? —insistí de cuclillas ante él, posando mis manos sobre sus huesudas rodillas.

—¡Usted no puede hacer eso! ¡Hizo un juramento y ha de cumplirlo! ¡Es un agente de la ley! —vociferó gimoteando como sin duda lo hicieron esos niños a los que violó y asesinó; como seguro sollozó Izan Wayans.

—Yo no soy más que un hombre moribundo —mascullé alzándome e iniciando un minucioso registro por la estancia. Deambulé buscando por las estanterías, los armarios, los cajones... —. ¡Mira! —dije de pronto alzando mis manos: en la derecha, una pequeña lata de gasolina; en la izquierda, una caja de cerillas—. Joder, tío... hoy es tu puto día de suerte.

Me acerqué a ese hombre empapado en orina que no dejaba de llorar, de suplicar por su vida, de moverse desesperado sobre su «trono». El intenso ajeteo de su organismo consiguió volcar la silla; y desde el suelo, recibió el carburante que mojó su cara de rata, su ropa, su pelo... combinándose con los meados.

Aspiré el aroma a gasolina entrecerrando los ojos, disfrutando del momento.

—Me encanta este olor —aseguré saboreando también los llantos que se escuchaban de fondo—. Pero nada supera al de la carne de un pederasta ardiendo, ¿no lo crees, hijo de puta?

Abrí la caja de cerillas, prendí una y la dejé caer. La vi descender, reflejarse en las pupilas y en las lágrimas de aquel asesino efímero.

El fogonazo casi me tiró de espaldas.



El sol ya iluminaba cuando alcancé de nuevo la superficie. Casi no podía mantenerme en pie. La jaqueca, los mareos, el cansancio... A duras penas, con la ayuda de mi bastón, conseguí alcanzar mi Mustang. Justo cuando abrí la puerta, sonó mi móvil: número oculto.

—¿Sí?

—¿No cree que ya va siendo hora de que nos conozcamos, agente Sanders?

«¿Es él?».

—¿Con quién hablo?

—Con el antaño conocido como Izan Wayans; mas ahora, el doctor Justin Stevenson, o... ‘El Asesino Indeleble’. Pero usted, puede llamarme Izan a secas.

«Justin Stevenson, el psicólogo de Brandon —recordé al instante».

—Calle John Fitzgerald Kennedy, número 157, ¿me equivoco? —pregunté consternado, sin apenas darme cuenta.

—No se equivoca, agente —susurró con voz tranquila, pausada—. Venga solo, o Melisa morirá.

Colgó.

No podía creerlo.

«A punto estuve de hacerle una visita —pensé al tiempo que mi corazón palpitaba inquieto—. Pero esa puta escalera se interpuso en mi camino, me distrajo y desvió de mi rumbo.

Decisiones...

¿Destino?».

Me quedé de pie mirando cómo mi hija, risueña, me saludaba entretanto apoyaba su pequeño y delicado cuerpo en el tronco de un pino.

Le devolví el saludo.

Tuve un mal presentimiento.

CAPÍTULO 17

tumbas del pasado

—¿Qué coño pasa aquí? —pregunté a Travis y a Logan, que observaban el trabajo de los forenses de espaldas a ‘la casa rosa’.

Pude contar cuatro bolsas de cadáveres, y el mismo número de hoyos cavados sobre el terreno: dos pares de tumbas. La cinta amarilla delimitaba la zona donde se habían encontrado los cadáveres, y tras ella, los coches policiales se aglutinaban a decenas.

«*El puto viejo no mentía* —pensé presenciando el intenso trabajo de investigación que se realizaba a nuestro alrededor—. *Espero le hiciera sufrir*».

—La centralita ha recibido una llamada anónima —explicó Travis— avisando de lo que al final se ha encontrado aquí: cuatro niñas bajo tierra, de entre seis y diez años; aunque habremos de esperar la confirmación del análisis forense.

—¿Cuándo? —pregunté aparentando estar sorprendido—. ¿Y quién?

—Por lo visto, los cuerpos llevan años descomponiéndose, quizá décadas; no quedan más que huesos. Bajo la casa hemos encontrado un cadáver completamente carbonizado.

«*Buen trabajo, Sanders*. —Se me escapó una media sonrisa; por suerte, los federales no la vieron».

—¿Bajo la casa? ¿El asesino vivía bajo tierra?

Mi interpretación empezaba a merecer un Oscar de la academia.

«*Y vosotros dos, inútiles de mierda, que hacíais mientras se impartía justicia ¿eh? Tuvisteis la oportunidad... no la aprovechasteis. Aquí mismo, donde él halló, vosotros no encontrasteis nada*».

Hubiera deseado soltar en voz alta mis pensamientos, pero a veces, resulta de una satisfacción insuperable reírse en la cara de alguien sin que este lo advierta.

—Supongo que tras cometer los asesinatos, pensó que en su escondrijo estaría a resguardo de la ley —explicó esta vez Logan—. Según el forestal que patrulla la zona, era un hombre solitario, sin familia... ni siquiera se le echó en falta cuando dejó de aparecer.

—Y esa llamada anónima... ¿se ha investigado?

Travis se quedó pensativo unos instantes.

—¿Dónde estuvo anoche, Collins? —preguntó serio—. No hace buena cara. Parece haber dormido poco.

—¿Me está acusando de algo?

—Han visto a Sanders husmeando por el pueblo. Y me pregunto... ¿qué coño se le habrá perdido en Between Forests a ese borracho de mierda?

—Imagine algo, Travis —murmuré ya de vuelta de todo—, imagine por un instante que es usted un hombre competente, y no un imbécil de mierda. —Los dos federales se quedaron de piedra, sin abrir la boca—. Bien. Pues ahora imagine también que la noche pasada yo estuve aquí con Sanders, haciéndoles justicia a esas cuatro niñas que bien podrían ser las hijas de cualquiera de nosotros. Y ahora que ha imaginado... —dije mientras intercambiaba miradas con los dos federales—, dígame que yo ayer no hice lo correcto. Puestos a imaginar...

Logan y Travis se miraron. No hubo palabras, solo gestos. Y se lo dijeron todo.

—Borraré esta conversación de mi mente, y Logan lo hará también. Pero no queremos que vuelva a inmiscuirse en nuestros asuntos.

«Será un placer».

Asentí y les di la espalda; marché por donde había venido. Tras de mí quedó la escena de un macabro crimen. Cuatro tumbas y un hombre carbonizado: el asesino que sin proponerlo, creó a otro.



Mismo lugar.

Treinta y cinco años atrás.

Escuché mi propia respiración. Moví las manos sumido en la oscuridad absoluta, y noté mi cuerpo apresado, constreñido por algún tipo de tela.

«Un saco —advertí—. *Estoy dentro de un saco*».

Se apoderó de mí el desconcierto, la agonía, la ansiedad. Se me aceleró el respirar al tiempo que sentí mi cuerpo temblar; no por el miedo, sino porque sin duda, me encontraba dentro de un vehículo.

«¿Estoy dentro de un saco en un maletero?».

Los socavones que sin duda contenía el terreno bajo las ruedas del vehículo que me transportaba, zarandeaban mi organismo colocado en posición fetal. La claustrofobia hizo entonces acto de presencia, y al traqueteo de mi cuerpo se le unió el de mi corazón, que latía temeroso por lo que sin duda estaba ocurriendo.

—*Me han secuestrado. ¿Me han drogado? ¿Qué quiere hacerme? Voy a morir*».

La cabeza me dolía, y por mi adormecido estado, intuí que se me había suministrado algún tipo de droga. «¿Cloroformo? —pensé inhalando el extraño olor que de mi boca, se me colaba por las fosas nasales». Recordaba hasta el instante que su rostro, el de ese hombre que sin duda conducía, asomó por uno de mis costados.

«*Me matará* —pensé al tiempo que el vehículo se detenía—. *No puede dejarme ir después de lo que ha hecho*».

Escuché el chirriar de una puerta abriéndose, y pasos que se acercaban meciendo el suelo donde estaba tirado.

—Bueno, hermosura, hemos llegado —se escuchó tras la tela que me apresaba.

Me liberó del saco, y entonces vi que no me encontraba en ningún maletero, sino en la parte trasera de una furgoneta. El hombre vestía un mono azul manchado por lo que parecía grasa. Me maniató las manos con una brida sin que yo opusiera resistencia alguna; no podía moverme: el miedo me anquilosaba. Se retiró hasta la puerta y cogió una escopeta que se apoyaba en esta.

—Levántate y anda, muchacho. Y no intentes correr, o... —Me apuntó con el arma—. Pum.

Los dos orificios situados en la boca de aquel cañón me señalaron como dos ojos amenazantes. Me levanté, y con las piernas temblorosas, salí de la furgoneta.

«¿Dónde me lleva?».

Lo primero que se perfiló en mi mente al encontrar el bosque y la noche cerrada, fue un hoyo en el terreno donde iba a arrojarme. Pero no; aunque entonces no podía saberlo, aquel destino bajo tierra hubiera sido uno mucho mejor del que me esperaba.

—Quieto —ordenó nada más pisé el exterior—. Voy a ponerte una cosita.

Me amordazó la boca con un pañuelo y me colocó un collar de perro. Y ahí fue cuando empecé a llorar. No podía creer lo que me estaba ocurriendo, y ni siquiera fui capaz de pensar; me vi en una pesadilla que creí transcurría en sueños, que estaba en mi cama acostado, durmiendo entre sudores. No podía estar pasando, no podía ser real.

—Tú y yo vamos a pasárnoslo muy bien, hermosura —dijo tirando de la correa, de mi cuello con fuerza.

Ví una casa pintada de rosa, con una puerta de madera arqueada. Me «guió» a base de estirones hasta ella, entretanto yo no podía dejar de llorar. Entonces, justo antes de pasar por esa puerta que contenía en su cúspide la talla de una rosa, entendí lo que ocurría.

«*Va a abusar de mí* —comprendí notando cómo las lágrimas descendían cual cascada por mis mejillas».

Me desmayé nada más acceder al interior de la cabaña.



De nuevo un oscuro despertar. Y como un jarro de agua fría, cayó sobre mí la verdad: estaba apresado de cuello y manos. El collar de perro seguía constriñendo mi garganta, y mis muñecas, alzadas, semejaban encadenadas a la pared; el metal friccionando entre sí y con mi piel, presagiaba tal hecho. Ante mí, a un escaso palmo, se abrió una puerta doble mostrando tras ella a mi secuestrador. Miró ese cuerpo preso dentro de un gran armario de madera, completamente hueco.

—Ahora —dijo sonriente—, tú y yo vamos a follar. Y pórtate bien, no hagas como han hecho otros, y abre bien tu culo; pues se abrirá de todas formas. Si eres bueno, quizá a ti no te arranque los dientes.

CAPÍTULO 18

El puzle imborrable

«Fue capaz de acabar con Dan... —pensé ante la puerta sobre la cual se leía el número 157—, por lo tanto, lo será también de matar a Melisa. Si ha arriesgado reuniéndose conmigo, se habrá cubierto bien las espaldas. ¿Y por qué a mí? ¿Sabe que le busco? Es inútil darle más vueltas, debo entrar».

Pulsé el timbre bajo la placa dorada que indicaba los servicios que ofrecía mi hombre: Dr. Justin Stevenson, licenciado en psicología por la universidad de Pensilvania.

«¿Será cierto?».

Su inequívoca voz se escuchó a través del portero automático:

—¿Sí?

«Es él».

—Detective Jeff Sanders.

—Pase, le estaba esperando.

Me encontré en un pequeño recibidor poco alumbrado.

—Suba, agente —se oyó al final de las escaleras que permanecían ante mí.

Ascendí sintiendo el dolor en cada rincón de mi organismo. Apoyé mi peso en el bastón, y una a una, angustia tras angustia, punzada craneal tras punzada craneal, peldaño a peldaño, alcancé la cima de aquella maldita escalera. Me mareé, y hube de sentarme en una de las sillas que formaban la sala de espera que encontré tras el sufrido ascenso. Vacía, sin recepcionista..., inmersa en una siniestra calma. Justo ante mí, a escasos cinco metros de distancia, otra placa idéntica a la situada en la entrada me mostró el camino a seguir: el lugar donde esperaba Izan Wayans.

«Ya no hay vuelta atrás —pensé incorporándome—. Sin placa, sin normas, ley ni perdón; solo yo y mi destino».



Un hombre esbelto, moreno, bien plantado. Tras su mesa de despacho color cerezo me observó entrar, tranquilo, sentado en una silla de piel negra.

—Siéntese, agente —rogó señalando una butaca frente a él—. He estado esperando este momento impaciente.

Su despacho no era demasiado grande: la típica consulta repleta de diplomas colgados por las paredes.

Me senté y no pude evitar mostrarle un gesto de dolor, seguido de un leve quejido.

—¿Se encuentra bien?

—Déjese de gilipolces —dije aposentándome en el cómodo asiento—. He venido aquí a matarle; así que, guárdese las formalidades para otro.

—Sé que es usted un hombre curioso —dijo apoyando su peso sobre la mesa, aparentando estar completamente tranquilo—. Y supongo que antes de acabar con mi vida, deseará preguntarme sobre el ‘porqué’ y el ‘cómo’, ¿me equivoco?

—Sé de sobras los motivos —aseguré al tiempo que observaba uno de aquellos títulos que colgaba de las paredes: diplomatura en hipnosis clínica—, e intuyo el ‘cómo’.

«¿Control mental? —cavilé revisando el caso, echando marcha atrás, intentando cuadrar lo que parecía imposible».

—Cree saber los motivos, agente. Pero solo yo sé lo que ocurrió durante esos veinte días que estuve cautivo.

—Lo que has hecho en Between Forests, matar a eso cuatro jóvenes inocentes, te hace merecedor de todo lo que aquel hombre te hiciera.

—Tenga cuidado con lo que dice —dijo clavando su mirada, esos ojos marrón intenso en la mía—. Estoy siendo educado, pero puedo dejar de serlo. Entre estas cuatro paredes poseo todo el poder.

«Puto chalado».

—Usted y yo somos la cara y la cruz de una misma moneda —continuó—. Los dos sufrimos un trauma, pero cada uno lo encauzó de forma diferente: usted decidió purgar el mundo de tipos como yo, e Izan Wayans utilizó su vida para vengarse de los que le convirtieron en lo que es. Usted es mi antagonista, y yo lo soy de usted.

Se alzó y acercó extendiendo su mano, pretendiendo con ese gesto que yo se la estrechara.

—No voy a darle la mano, puto chalado —le dije ya de vuelta de todo, deseando callarle de un tiro en la cabeza.

—Bien, como quiera —dijo retirándola, volviendo a sentarse ante mí—. Aun así, debo agradecerle que quemara a aquel cerdo. Usted consiguió lo que yo no logré. Volví a la que llaman ‘La casa rosa’ cuando fui capaz de hacerlo, cuando la depresión lo permitió, el miedo me dio permiso, pero allí no había nada. El hombre que me sumió en veinte días eternos se había esfumado. Y usted le encontró dirigido por mi mano; le guie paso a paso hasta el lugar de los hechos, con la esperanza de que sus habilidades «detectivescas» dieran con él. Y sabía también, que las circunstancias le abocarían a matarle. Por lo tanto, a final de cuentas, mis actos han llevado a hacer justicia. Las familias de esas niñas descansarán en paz. Sabrán la verdad, que aunque dolorosa, siempre es mejor que la incertidumbre.

«Como todos los dementes, no acepta sus actos. Es más, los considera legítimos e incluso provechosos».

Saqué mi arma y la posé sobre mi muslo.

—¿Ya está?, ¿se acabó? —preguntó sonriendo al observar mi gesto—. ¿No le interesa el ‘cómo’?

—Claro, por qué no... —Metí el dedo en el gatillo dispuesto a volarle los sesos al término de la explicación—. Expláyese.

—Control mental —dijo con voz segura—. Pero supongo lo habrá intuido al entra aquí ¿no? —Asentí tamborileando sobre la mesa con los dedos que no agarraban el arma—. No era capaz de dormir, de comer, de pensar, de vivir... Mi mundo transcurría entre las paredes de aquella casa en el bosque, reviviendo una y otra vez las violaciones, los besos, el sabor de su pene en mi boca. Empecé a estudiar la sanación de complejos o problemas mentales sobre el propio individuo. El control mental puede emplearse para «autodominar» los pensamientos, y por consiguiente, las emociones generadas por ellos. De forma autodidacta, estudié las técnicas de focalización mental en «Hipnoterapia» para la sanación o mejoría del «recuerdo». Todo ello con la intención de borrar de mi mente ese trauma que no me dejaba en paz un solo instante.

Le escuchaba ensimismado, e incluso sorprendido de que hubiera logrado semejante despropósito, locura, que a la vez era una absoluta genialidad.

—Pero tal cual me adentraba en los entresijos de la mente, me abismaba también en su uso perverso, en la manipulación. Marché de casa y utilicé casi la totalidad del dinero que poseía para cambiar de identidad, borrar de la faz de la tierra a Izan Wayans. No resultó demasiado complicado: mi nombre no constaba en demasiadas bases de datos. Contraté a un experto en informática, a un «hacker» y le pagué treinta mil dólares por su trabajo y silencio. Aprobé el acceso a la universidad, y sin despeinarme, casi de forma no presencial, mi título en psicología con grado ‘*summa cum laude*’.

Se levantó por segunda vez, y descolgó de la pared uno de los diplomas que la decoraban.

—Esto no fue más que una excusa —dijo mostrándomelo—. Mi verdadero sino en la vida pasó a ser la manipulación de las mentes ajenas. Veinte años de intenso estudio, de pruebas, de horas y horas de desvelo... Mas al fin, conseguí manipular la mente humana como si de un ordenador se tratase. La hipnoterapia me facilitó mucho las cosas. Una vez el sujeto accedía de forma voluntaria a ser tratado con dicha técnica, introducirle las instrucciones y sugerencias preliminares resultó relativamente sencillo. Bebí de disciplinas varias, e incluso de teorías en apariencia imposibles, hasta crear una técnica capaz de programar una mente ante un estímulo, que cometiera mandatos prefijados en ella. El lavado de cerebro, las teorías de disociación y neodisociación, la teoría del Rol, de la hiper-sugestibilidad, la teoría informacional... incluso extraje valiosos conceptos de la fórmula Iluminati. Cada uno de esos conceptos poseía una pequeña verdad, una pieza; y mi inteligencia, tras dos décadas de intenso estudio, logró unirlos creando un puzzle imborrable: la técnica de control mental que nadie hasta el momento había logrado.

—¿Y por qué coño me cuenta todo esto? —pregunté pausado, intentando disimular el inmenso asombro que sentía—. Me importa una mierda lo que hayas logrado, solo me importa lo que has obrado con dichos logros. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué te has descubierto?

«Nada tiene sentido. Presiento que algo no va bien, que no cuadra, que todo se desmorona. Me siento como un ciervo acechado por una manada de lobos».

—Porque trastabillaste mis planes, ¿recuerdas? Te castigué matando a Dan...

«Hijo de puta —pensé recordando cómo sucedió: sus ojos, su mirada antes de morir—. *Nómbrale una vez más y te vuelo los sesos aquí mismo*».

Alcé mi mano y le apunté con el arma.

—Estoy cansado ¿sabe? Voy a pegarle un tiro y a marcharme de este puto pueblo a morir en soledad.

Levantó las manos en un gesto pacificador.

—Escuche antes lo que he de decir; luego, podrá matarme, le doy mi palabra.

Asentí posando de nuevo mi Beretta 92 sobre mi muslo derecho, con el dedo siempre acariciando el gatillo.

—Soy un hombre minucioso, detallista, y no me gusta dejar lugar a la improvisación. Pero nunca pensé que usted llegara tan lejos. Y sus actos me han obligado a improvisar. Les envié una carta advirtiéndoles de lo que pasaría si hablaban, y no han atendido a mis amenazas. Todos los que me ataron a ese árbol morirán, al igual que sus hijos. Pero tras descubrirse mis intenciones y colocarles protección... —torció el semblante—. Solo existe una posibilidad que me otorgue el éxito seguro, que no deje lugar al error: esa protección ha de desaparecer.

Dejó de hablar, otorgándome el tiempo suficiente para que formulase esa pregunta que sabía saldría de mi boca.

—¿Y cómo va a conseguirlo?

—Aquí en Between Forests ejerzo como psicólogo los lunes y miércoles; martes, jueves y viernes me traslado a mi consulta en Pittsburgh, donde trabajo como psicólogo para la policía.

«*No puede ser*».

—Aunque usted no lo recuerde, agente Sanders, le he tratado durante años.



«*Ha ganado —entendí desalentado—. Me ha vencido*».

—Lo entiendes, viejo amigo. Tú a mí no puedes matarme; a no ser que yo te lo pida.

Se alzó y me ordenó que imitara su gesto. Obedecí sin sentirme obligado, como si de pronto todo se tornara en un sueño, en pesadilla.

—Lo entiendes —insistió—. Lo he dejado todo dispuesto. El puzle encajará en mi ausencia: la única forma de asegurar el éxito, de quitarles esa protección a aquellos que aunque ahora no lo saben, ya están muertos. —Me miró a los ojos y me ofreció una media sonrisa—. Y tú no harás nada —aseguró sin dejar de sonreír—. Porque si revelas mi truco final... Melisa, Danah, Alanis y Eden morirán. Pero a ti..., a ti, mi buen amigo, te debo el haber acabado con el hombre que nos ha arrastrado hasta aquí; y les perdonaré la vida si te mantienes en silencio, y mueres en paz.

Me quedé sin palabras: hundido, acabado, muerto en vida.

—Pero no has de estar triste, Jeff —susurró esta vez con gesto apenado—, pues tu pericia, ha acabado conmigo.

De pie ante él sentí un leve mareo. A mi costado, muy quieta, permanecía Keira llorando sangre. Mientras observaba cómo su angelical rostro se empapaba con el rojo fluido, escuché de nuevo, casi en un susurro, la voz de aquel asesino imborrable.

—Y ahora, mátame —ordenó levantando los brazos, dibujando con su cuerpo una cruz—. Inicia tú mismo el tramo final de mi obra.

Alcé el brazo, apreté el gatillo, y le volé los sesos.

EPÍLOGO

REQUIESCAT IN PACE

Cada aplauso, cada gesto de gratitud, cada felicitación se clavaba como una daga bien afilada en mi alma.

Todos me creían el detective que había atrapado al mediático ‘Asesino Indeleble’. Izan Wayans, cual araña, nos embrolló en su perfecta telaraña tejiendo con temple un entramado plan que apunto estaba de alcanzar su clímax: de acabar en auténtica jugada maestra. Envió a comisaría una carta avisando de sus intenciones de acabar conmigo, cediéndome de este modo en bandeja de plata, la defensa personal como motivo de su muerte. Bajo su mesa de despacho, se encontró un arma... Solo hube de filtrar halagos, de soportar «enhorabuena» y golpecitos en la espalda; yo sabía que no era merecedor de tales honores. Si me concentraba lo suficiente, podía escuchar cómo se burlaba de mí desde su tumba. Mientras él descansaba en paz, yo sufría el tormento de saber que su plan proseguía inmutable.

Como predijo, la protección a los amenazados fue retirada, creyendo estos quedar fuera de todo peligro. Nada más lejos de la realidad.

Me enclastré en mi piso, dispuesto a padecer el castigo y el tormento por esos crímenes aún por cometer. Me adentré en una espiral de drogas y alcohol, en un intento desesperado por adelantar esa muerte que ya acariciaba con la yema de los dedos.



El tiempo dejó de tener sentido. No sabía si era de noche, o era de día; y solo cuando enchufaba el televisor en busca de la noticia de la confirmación, me separaba de mi lecho de muerte.

Aquella mañana me sentí incapaz de hacer nada. Me limité a soportar el dolor tumbado, mirando al techo.

La puerta de mi habitación se abrió y ni siquiera sentí el más mínimo sobresalto.

«Melisa. ¿Ha abierto con sus llaves?».

No dijo nada. Se acercó y se sentó a mi lado. Yo solo lloré. La cobardía se adueñó de mí y la abracé utilizándola como sustento para paliar esa inmensa pena que sentía: me convertí en todo lo que odiaba. Quise echarla, pero no fui capaz de volver a estar solo.

—Tranquilo —me susurró al oído entretanto yo sollozaba en sus brazos—. Te cuidaré, es lo que quiero, no has de sentir culpa. No te abandonaré.



Pudo ocurrir en cualquier momento, pero el destino decidió ser implacable.

—En estos mismos instantes —anunció Angie enfática durante un especial de ‘Noticias 5’ intercalado en la programación habitual—, una ola de crímenes azota el pequeño pueblo de Between Forests, saturando a agentes locales y policía.

Angie siguió hablando, pero yo dejé de filtrar por mis oídos. Observaba el movimiento de sus labios, e incluso intuía palabras sueltas: indeleble, Wayans, muertes..., mas en mí solo penetraba el silencio.

Melisa se tumbó a mi lado, y me agarró con fuerza de mi mano izquierda. Yo le devolví el apretón al tiempo que un intenso temblor, acompañado del más

consistente de los dolores recorrió mi cuerpo en forma de latigazo final.

—Tranquilo, cariño, todo acabará enseguida —musitó mientras abrazaba ese organismo inmerso en espasmos.

Fue el movimiento de sus labios, y el brillo de sus ojos, los que me comunicaron su adiós.



Dejé de sentir dolor. De pronto, todo se tornó en inmensa calma, en total armonía. Tras años de sufrimiento al fin alcanzaba la paz.

Melisa no estaba. La mano que apretaba con fuerza la mía había desaparecido, quedando en su lugar un inmenso vacío. Me incorporé y entonces las vi, sonrientes, esperando al padre y al marido; y la nada se me llenó de dicha. Me dieron la espalda sin dejar de mirar mis ojos, y se separaron dejando entre sus cuerpos el espacio que me correspondía.

Emergió una intensa luz ante ellas.

Las cogí de la mano y me quedé entre esos dos seres que amaba con toda el alma: a mi izquierda, mi mujer; a mi derecha, mi hija. Miré sus felices rostros y advertí que todo quedaba atrás, que el pasado se purificaba relegándose al olvido. El amor, la pena, el dolor..., los crímenes se desvanecieron como un recuerdo borrado por la amnesia.

Y la luz se intensificó cubriéndonos de un sutil dorado.

—¿Nos vamos, papi? —dijo Keira entretanto Susan asentía.

—Nos vamos —contesté.



E L ASESINO

INDELEBLE

«Seguiréis su pista, sí..., pero jamás borraréis sus actos.»

Marcos Nieto Pallarés

No me cansaré de repetir que yo sin vosotros, mis lectores, no hallaría las fuerzas necesarias para seguir buscando mi sueño. Ese que a veces, se me antoja inalcanzable. Mas si algún día lo alcanzo, no os voy a olvidar, y obtendréis vuestra merecida recompensa y mi más sentido agradecimiento.

GRACIAS POR LEERME.